

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

vivir de la violencia

CLARK CARRADOS



Caminaba deprisa. Temía llegar tarde a la cita. Por dicha razón, absorto en sus pensamientos, Walt Carpenter no oyó la voz del hombre que reclamaba su atención con urgencia:

—¡Teniente!

Walter Carpenter, de la policía de Hattonville, no oyó siquiera al individuo. Éste, al ver que su llamada era desatendida, echó a correr tras el robusto teniente de policía, que caminaba con paso rápido a unos metros de distancia.



Clark Carrados

Vivir de la violencia

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1274

ePub r1.0

Lds 222.06.18

Título original: *Vivir de la violencia*

Clark Carrados, 1975

Cubierta: Enrique Martín

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Caminaba deprisa. Temía llegar tarde a la cita. Por dicha razón, absorto en sus pensamientos, Walt Carpenter no oyó la voz del hombre que reclamaba su atención con urgencia:

—¡Teniente!

Walter Carpenter, de la policía de Hattonville, no oyó siquiera al individuo. Éste, al ver que su llamada era desatendida, echó a correr tras el robusto teniente de policía, que caminaba con paso rápido a unos metros de distancia.

—Teniente, aguarde —gritó Nick *el Rata*, a la vez que le agarraba por la manga.

—¿Qué diablos quiere ust...? Nick, maldita sea, déjame en paz —exclamó, furioso.

—Pero, teniente, es que me han robado la cartera...

—¿Y a quién diablos le importa tu condenada cartera? Suéltame ya, Rata, no puedo perder tiempo.

—Oiga, yo creía que usted era un policía...

—¿Acaso he dejado de serlo?

—Bueno, en ese caso, le estoy denunciando un hecho: me han robado la cartera.

—Ya —dijo Carpenter, sarcástico—. Tú, el mejor «afanador» de carteras de la ciudad, te has dejado sorprender por un novato.

—¡Teniente! —La voz de Nick sonaba dolorida e indignada a un tiempo—. Demasiado sabe usted que hace tiempo me retiré del «negocio». Ahora tengo un empleo honrado...

—Bien, bien, ve a jefatura y presenta allí la denuncia. Yo no puedo hacer nada...

Un griterío repentino sonó a unos cincuenta o sesenta pasos.

La gente se dispersó en todas direcciones. Un hombre cayó al

suelo.

—¡Maldición, lo han conseguido! —exclamó Carpenter.

Carpenter volvió la vista. A sesenta metros, vio el cuerpo de un hombre tendido en el suelo, junto al borde de la acera.

—He llegado tarde —masculló.

Por unos segundos, el tiempo justo que había perdido con aquel delincuente supuestamente arrepentido, no había conseguido salvar la vida de su amigo Rob Hollister.

Ni siquiera se molestó en acercarse al caído. Estaba seguro de que el asesino había cumplido su misión de un modo definitivo, perfecto.

Los disparos no se habían oído. El silenciador lo había evitado.

Mientras, Carpenter retrocedía en busca de su coche, estacionado a dos manzanas de distancia. Las aceras estaban llenas de vehículos; era otro de los motivos por el que no había podido evitar el asesinato. Pero si aquel maldito entrometido no se le hubiera acercado, todavía habría podido...

Meneó la cabeza, mientras daba el contacto. Era inútil especular con lo que podía haber sido y que era ya de otra manera. Al menos, procuraría que no se escapase el asesino.

Y tenía un medio de evitarlo.

Veinte minutos más tarde, estaba en el aeropuerto. Perseguir al asesino de Hollister con su propio automóvil habría resultado inútil.

Carpenter se dirigió a un hangar, en cuya puerta había un helicóptero de fumigación. Dos hombres se afanaban en torno al aparato.

—¡Harry! —gritó.

Uno de los hombres se volvió.

—¡Walt! ¿Qué diablos haces por aquí?

—Déjame tu helicóptero —pidió Carpenter.

Harry Eakin miró fijamente a su amigo. Carpenter no le pediría una cosa así de no tener verdadera necesidad de ello.

—Está listo, recién revisado —dijo.

Carpenter saltó al puesto del piloto con una bolsa de lona en la mano. En el otro asiento había un casco de vuelo.

—Harry, avisa tú a la torre de control —dijo, a la vez que daba al arranque. Por encima de las primeras toses del motor, gritó—: ¡Acaban de asesinar a Rob!

Eakin respingó. Luego alzó la mano con el pulgar hacia arriba.

—¡Atrápalo, Walt!

El helicóptero se elevó a los pocos instantes. Una vez en vuelo, Carpenter consultó su reloj.

Eran las seis y media de la tarde. Tenía menos de una hora de luz para localizar al coche del asesino.

* * *

Treinta y cinco minutos más tarde, Carpenter divisó un automóvil de color claro que marchaba por un camino secundario.

Carpenter presintió que el asesino viajaba a bordo de aquel automóvil. Inmediatamente, tomó sus medidas para cortarle el paso.

Tenía una ventaja sobre el pistolero: conocía la región a fondo. El asesino, seguramente, había sido bien informado de su ruta de escape. En algún lugar discreto, habría abandonado el coche azul, para subir al de color casi blanco que ahora tripulaba. Esto y el viajar por caminos no frecuentados permitiría despistar a la policía.

Carpenter tenía también la seguridad de que el asesino ya no llevaba gafas ni bigote. Sería un tipo delgado, de cara pálida y ojos fríos, un hombre que mataba por dinero, un «torpedo» traído de alguna remota ciudad, a fin de que no se viesen complicados ninguno de los hampones de Hattonville.

Una vez estuvo seguro de la trayectoria que llevaba el coche, dio gas a la vez que se elevaba en el aire. Minutos más tarde, el helicóptero desaparecía al otro lado de las colinas.

Manny Spadino lo vio, pero no le concedió ninguna importancia. Era un helicóptero de fumigación. Habría aterrizado en el patio de alguna granja vecina.

Con la mano izquierda sujetaba el volante. En la derecha tenía un croquis de los caminos de la zona. Todos ellos iban o venían de las granjas que había en los alrededores. La hora era la más adecuada para que los granjeros estuvieran en sus casas, en lugar de rodar con las camionetas o los tractores.

Transcurrieron algunos minutos. De repente, sonó una violenta detonación. El coche se tambaleó. Manny se aferró al volante, a la vez que pisaba el freno a fondo. «Maldita sea, un reventón», pensó.

Era una avería terriblemente inoportuna. Estaba en una zona relativamente solitaria y tendría que cambiar la rueda él mismo. De ninguna manera podía pedir ayuda en alguna granja.

El coche paró sin grandes daños y saltó al suelo. Apenas había dado un paso, una bala silbó junto a su hombro izquierdo, a la vez que se oía el estampido del disparo.

—¡Estás detenido! —Sonó una voz imperativa—. Pon las manos encima de la cabeza o tiraré a matar.

Spadino era hombre de agilísimos reflejos. Apenas oyó el disparo, saltó por encima del motor y se lanzó de cabeza al otro lado. Dos balas arrancaron chispas de la carrocería.

Mientras, a sesenta pasos, detrás de unos arbustos, Carpenter reponía los cartuchos consumidos. De pronto oyó un ligero ruido. La bala quedó corta, a diez pasos, después de levantar una nubecilla de polvo.

—Muchacho, estás atrapado —gritó—. Si intentas salir de donde estás, te acribillaré a balazos. ¿Lo has entendido?

—¿Policía? —preguntó Spadino, tratando de localizar mejor a su atacante.

—Sí. Teniente Carpenter, de Hattonville.

—Me hablaron de usted. Pero ¿qué diablos puede hacer con su «treinta y ocho» de reglamento? Han sido unos tiros de suerte, eso es todo.

—Chico, se ve que tus amigos no me conocen. Tengo un «treinta y ocho», es cierto, pero el cañón es de treinta y seis centímetros de largo y, además, dispongo de culatín. Puedo cambiar el tambor con los cartuchos usados por otro nuevo en tres segundos. Y a cien metros, el arma es tan precisa como un rifle.

El arma de Carpenter hizo fuego. Esta vez fue la otra rueda delantera la que explotó instantáneamente.

—¿Te vas convenciendo? Bien, voy a decirte lo que haré ahora, muchacho: perforaré a balazos el tanque de la gasolina y el líquido se derramará. Luego dispararé para provocar algún chispazo en el metal de la carrocería. Tengo municiones de sobra. No me creas un policía estúpido, de los que sólo saben chillar a los delincuentes cuando los tienen esposados. Si tus amigos te dijeron que yo era un tipo listo, no te dijeron todo lo listo que soy. ¿Está claro?

Spadino apretó los dientes. Sí, le habían hablado de Carpenter.

Un hombre duro, tenaz, inteligente... Pero el asesinato había sido planeado a la perfección. Y, sin embargo, algo había fallado.

Estalló otra detonación. Segundos más tarde, Spadino, empezó a percibir el olor de la gasolina.

Carpenter veía muy poco de la figura del asesino, lo suficiente, sin embargo, para saberle bien protegido y en buena posición para contestar a su fuego. Debía de usar una «Luger» de

9 mm,

con silenciador, pero a sesenta metros, el arma ya perdía toda su precisión.

Tranquilamente, repuso una vez más los cartuchos consumidos. A su derecha tenía un tambor de repuesto, lleno, dispuesto para ser colocado en el sitio del otro cuando fuera necesario.

Apuntó de nuevo hacia el coche. La bala rebotó en un trozo de metal y se alejó aullando.

Spadino sintió que se le ponían los pelos de punta. Sus nervios se rompieron de pronto.

De un salto, se puso en pie y empezó a disparar contra el teniente. Al mismo tiempo, corría hacia él, con ánimo de impresionarle con sus proyectiles.

Carpenter echaría a correr. «Era menos duro de lo que se decía», pensó.

Y casi en aquel momento bajaron de la loma tres pedacitos de plomo y se hundieron en su cuerpo, a unos centímetros por encima de su cinturón.

Carpenter vio al asesino dar una voltereta en el aire y rodar por la tierra. Cambió el tambor y se puso en pie.

Lentamente, descendió la cuesta. Spadino había quedado boca abajo. La pistola estaba a dos palmos de su mano.

Carpenter alejó el arma de una patada. Luego, con el pie, dio la vuelta al cuerpo del pistolero.

—No te dijeron todo lo listo que soy —murmuró.

La boca de Spadino estaba torcida en una mueca de dolor. Quiso decir algo, pero, de repente, se estremeció un poco y ladeó la cabeza.

Carpenter se arrodilló a su lado y le registró los bolsillos. Instantes después, tenía en la mano una billetera con documentación.

En otro bolsillo encontró un fajo de cincuenta billetes de cien dólares. Guardó el dinero y se puso en pie.

CAPÍTULO II

Había bastante animación en la fiesta. El amplio jardín de la casa estaba brillantemente iluminado. Lear Hayes, el anfitrión, atendía cortésmente a sus invitados.

No había camareros, pero sí camareras, sucintamente vestidas y con las piernas enfundadas en mallas negras. A Hayes le gustaba rodearse de chicas guapas siempre que podía.

Una elegante mujer se acercó de pronto el anfitrión. Era pelirroja, de cuerpo muy bien formado y ojos verdes. La cara de Hayes, casi redonda y rubicunda, se animó al verla.

—Ah, la señora Bluther, directora de nuestro diario *Citizen* —exclamó—. ¿Cuáles son las últimas noticias que tiene que darnos esta hermosa periodista? Los viajes de Kissinger, por supuesto, ya no son noticia...

Sonaron algunas risas. Diana Bluther rió también.

—Eso es algo ya tan rutinario como el boletín meteorológico —contestó—. La única noticia digna de mención, hoy, es el asesinato de Rob Hollister.

Hayes meneó la cabeza.

Una camarera pasaba junto al grupo en aquel momento y se detuvo. Hayes cogió una de las copas.

Pero no pudo llevársela a los labios. Un estruendoso rugido sonó de pronto por encima de los sonidos de la música.

Los ojos de todos los invitados se alzaron al cielo, pero las luces les deslumbraban y no podían ver nada. A bordo del helicóptero, Walt Carpenter pateó de pronto el cadáver de Spadino.

Una masa oscura volteó en el aire. Chillaron algunas mujeres.

Algo cayó en la piscina, levantando un enorme chorro de espumas. Los guardaespaldas de Hayes sacaron sus pistolas de

inmediato.

A Hayes, la copa de champaña se le había escurrido de los dedos, estrellándose con el suelo. Diana Bluther frunció el ceño.

Dos o tres individuos corrieron hacia la piscina. Uno de ellos se echó al agua vestido, nadó y remolcó el cadáver hasta la orilla. Los otros le ayudaron a sacarlo a tierra firme.

Hayes se abrió paso entre el grupo de curiosos. El color rojo de su cara se trocó repentinamente en un gris sucio.

—Está muerto. Le han metido tres balazos en el cuerpo —gritó uno.

Hayes se apartó presurosamente de aquel lugar. Sentía náuseas. No quería seguir contemplando el cadáver de Spadino.

De pronto, se oyó de nuevo el rugido de unos momentos antes. Algo cayó sobre las alturas.

Eran unos papeles de color verdoso y forma rectangular, que revoloteaban en el aire. Uno de los invitados saltó y atrapó al vuelo uno de aquellos papeles.

—¡Demonios! ¡Es un billete de cien dólares! —gritó.

La gente se peleó por el dinero, olvidándose del muerto. Hayes fue atropellado por un grupo de sujetos codiciosos, cuyos pies le pasaron desconsideradamente por encima del cuerpo.

* * *

Estaba en el porche de la casa, tirando piedras al patio. Vestía unas ropas usadas y sus ojos contemplaban el horizonte abstraídamente.

«Grock», el gran mastín, dormitaba apaciblemente a un lado, bajo la sombra del porche. El silencio era absoluto, aunque, en algunas ocasiones, el viento movía las aspas del molino y se oía un leve chirrido cuando los mecanismos se ponían en funcionamiento, para extraer agua del pozo.

De pronto, «Grock» atiesó las orejas. Carpenter alzó la vista.

Un coche se acercaba a la granja, dejando tras sí una estela de polvo. Carpenter se puso en pie y entró en la casa.

—Ven, «Grock» —llamó.

El perro le siguió. Instantes después, el automóvil se detenía frente a la casa.

Una mujer se apeó y elevó la mano izquierda para quitarse las gafas de color. Al hacerlo, las líneas de su busto macizo se destacaron con fuerza.

—Vamos, Walt, deja ese rifle. No estamos ahora interpretando una película del Oeste —gritó Diana Bluther.

—Estás muy guapa, Diana —elogió.

«Grock» se acercó a la mujer. Ella le acarició la cabeza.

—Ya era hora de oírte algo por el estilo —rió Diana—. ¿No me invitas a un trago?

—¿Beber a estas horas? —se sorprendió Carpenter.

—Bueno, un poco de agua fría...

—Anda, entra —rezongó él.

Diana subió al porche. Se sabía bella y procuraba demostrarlo en cada uno de sus movimientos.

—¿Tu madre? —preguntó, al cruzar el umbral.

—Ha ido de compras a la ciudad. Volverá luego —contestó Carpenter, sin mirarla siquiera.

—Walt, ¿qué es lo que piensas hacer? ¿Enclaustrarte porque haya muerto tu mejor amigo?

Carpenter giró con un vaso en el que el agua fría había puesto opacidad al vidrio.

—Estoy reflexionando —contestó.

—Has dimitido de tu cargo. No está bien, Walt.

—Diana, no me digas lo que he de hacer o no he de hacer. Empezaba ya a ver algunas cosas raras en el departamento. Sencillamente, tengo el estómago muy sensible. Tú me comprendes, ¿no?

Diana asintió.

—A pesar de todo, debiste haber continuado en el cargo —dijo.

—Me prohibieron continuar la investigación sobre la muerte de Hollister. Exploté... y me marché.

—A hacer vida de granjero —dijo ella, señalando con una mano los muebles sencillos, pero limpios, que constituían la decoración de la casa.

—No es mala vida, ¿verdad?

—Ayudarás a tu madre en la granja, supongo.

—Tiene dos braceros. Hoy es sábado. Están de fiesta.

Ella entornó los ojos.

—Walt, siento lo ocurrido. Pero yo soy periodista, compréndelo —manifestó.

—Sí, diriges el periódico que heredaste de tu esposo. Lo asesinaron, ¿recuerdas?

Ella abrió su bolso y sacó cigarrillos.

—Lo sé perfectamente —contestó—. Decía cosas que no gustaban a algunos.

—Por ejemplo, a Lear Hayes.

—Yo estaba en su fiesta la noche en que alguien lanzó el cadáver de Manny Spadino. Cayeron cinco mil dólares del cielo. Fue una juerga, créeme.

—Sí, me lo supongo.

—¿Conoces tú al piloto del helicóptero?

—No he oído hablar en mi vida de esos cacharros, Diana.

Ella soltó una risita.

—Si no te apreciara tanto, te llamaría embustero. Y lo publicaría en el *Citizen*.

—Pero no lo harás.

—No. En cambio, quiero que me reserves la historia total.

—¿Cómo? —Respingó él.

—Acabarás «cargándote» a Hayes. El *Citizen* te pedirá un relato circunstanciado de todo lo que hayas hecho. Se te pagará bien, Walt.

Diana entornó los ojos.

—Y no sólo con dinero —añadió.

Carpenter la miró de pies a cabeza.

—Estás terriblemente atractiva —dijo.

De pronto, se acercó a ella, la abrazó y buscó sus labios vorazmente. Diana no se resistió.

Momentos después, Carpenter encendió un cigarrillo.

—Lo siento —se disculpó.

—No lo lamente, hombre —rió ella—. A mí me ha gustado. Dime —preguntó de repente—, ¿por qué mataron a Hollister?

Los ojos de Carpenter se ensombrecieron.

—¿Quieres una respuesta clásica?

—Sí.

—Sabía demasiado.

—Era un simple abogado...

—Pero muy listo y con una memoria de computadora. A Hayes le molestaban sus investigaciones. En consecuencia, «importó» un pistolero.

—Y tú te enteraste.

—Casi demasiado tarde. No obstante, estoy seguro de que habría podido impedir el crimen, de no haber sido por...

Carpenter se interrumpió de súbito. Diada le miró alarmada.

—Walt, ¿qué te pasa? —exclamó.

—Ahora me doy cuenta... El maldito Nick... Me detuvo a propósito, para que no pudiera impedir el asesinato.

—¿Cómo dices?

Un claxon sonó en las inmediaciones. «Grock» ladró alegremente.

—Viene mi madre —dijo Carpenter—. Voy a ayudarla a descargar los bultos.

Carpenter salió al porche. Diana le siguió lentamente. La recién llegada acariciaba al perro, que saltaba constantemente a su alrededor.

—Hola, hijo —exclamó Nancy Carpenter—. Veo que tienes visita. ¿Cómo estás, Diana?

—Es un placer verla de nuevo, señora —sonrió la joven.

—A mí también me gustaría verte por aquí con más frecuencia, muchacha.

Carpenter tenía ya una caja en los brazos.

—Lo que mi madre quiere decir es que yo necesito una esposa —gritó desde el coche.

—¿Acaso Diana es fea y vieja como yo? —protestó Nancy.

Diana se echó a reír.

—Señora, no insista: si hay algo que aterre a Walt *sin Miedo* es precisamente el matrimonio —dijo, con acento festivo.

Nancy suspiró.

—Walt debería haberse casado ya —dijo—. No sé si contigo o con otra, aunque tú no me disgustarías en absoluto como nuera, pero sí sé que a estas horas yo debería tener un par de nietos.

Carpenter subió al porche con la caja de provisiones.

—No hay madre que no quiera ver casado pronto a su hijo —sonrió—. Pero todavía es pronto para mí.

—Me ha dado calabazas, señora —exclamó Diana.

—No se lo tomes en cuenta, hija; Walt es así. Terco como una mula..., como lo fue su padre, que en gloria esté.

Diana se echó a reír.

—Dejemos las cosas tristes a un lado —propuso—. ¿Cuándo te veré de nuevo, Walt?

—Quizá el lunes. ¿Estarás en el periódico?

—Claro.

—Procura tener noticias frescas para mí.

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—Noticias de las que no llegan al público —murmuró.

—Exactamente —contestó Carpenter sin pestañear.

CAPÍTULO III

El hombre abrió la puerta de la casa y avanzó un par de pasos. Respingó al ver que tenía un visitante inesperado.

—Teniente —exclamó Nick *el Rata*, sorprendido.

—Entra, Nick. Tenemos que hablar.

La voz de Carpenter era fría, desapasionada. Por ello, Nick sintió todavía más miedo.

—Usted ha dimitido ya...

—Ahora tengo a mi cargo la oficina de Hollister.

—Pero no es abogado.

—No importa. Nick, ¿quién te pagó para que me entretuvieras en el camino?

El Rata juntó ambas manos con expresión de súplica.

—Por su madre, teniente... Fui a verla una vez y me dio una comida magnífica, pero me dijo que no tenía trabajo en la granja. Es una señora estupenda...

—¿Qué tiene que ver mi madre con todo esto? —se asombró Carpenter.

—Quería decirle que se lo juro por su madre, teniente. El robo de la cartera fue auténtico. Se lo denuncié al sargento Cowes; vaya a verle si no me cree. Hoy mismo me han llamado y me han devuelto la cartera con toda la documentación, pero sin el dinero...

Carpenter frunció el ceño. Conocía de tiempo a Nick y sabía cuándo era sincero y cuándo mentía.

—¿Quién te robó la cartera? —preguntó.

—Bully Caysel. Lo vi un instante; me tropecé violentamente con él y hasta me pidió excusas. Luego, cuando me di cuenta de que me faltaba la cartera... Caysel es mucho más fuerte que yo... Me dio miedo afrontarle... Y entonces fue cuando le vi a usted. Pero le juro

que yo no sabía nada, que no podía imaginarme en aquel momento la prisa que tenía usted... De lo contrario, ¿cómo se me habría ocurrido detenerle, sabiendo que quería evitar un asesinato?

Carpenter escuchaba con concentrada atención. Lo que decía Nick parecía tener cierta lógica.

«Un plan diabólicamente tramado, con un perfecto conocimiento de los personajes y de sus circunstancias», pensó.

—Está bien, Nick —dijo al cabo—. ¿Dónde puedo encontrar a Bully?

—En el Galaxy. ¿Conoce al dueño?

—Hayes, pero lo dirige Rimson Mac Thomas.

—Exacto. Caysel fue carterista en tiempos, pero ahora tiene los dedos muy torpes. Me sacó la cartera casi a tirones, del modo más chapucero que usted pueda imaginarse. Lo que pasa es que yo iba a trabajar y también tenía algo de prisa...

—¿Dónde trabajas tú, Nick?

El Rata meneó la cabeza tristemente.

—Otra vez estoy sin empleo —dijo—. En cuanto me encuentre un «poli», me «trincaré» y me enviará a la «sombra» para un par de años.

—Eso no ocurrirá si tomas un taxi y vas a la granja de la señora Carpenter, Nick.

El ex policía se puso en pie. Sacó una tarjeta, escribió algo y se la entregó al antiguo carterista con un billete de diez dólares.

—Hoy se ha despedido uno de los braceros —dijo—. Esta noche puedes pernoctar ya en la granja, Nick.

—Gracias, teniente, no sabe cómo se lo agradezco...

—Agradécelo teniendo la boca cerrada, incluso delante de mi madre, ¿entendido?

—Sí, teniente, descuide usted... Ah, una cosa, teniente.

Carpenter tenía ya la mano en el pomo de la puerta.

—Dime, Nick.

—Lo que hizo usted con el pistolero..., ¡algo fantástico! ¡Qué manera de devolver la pelota! —exclamó el Rata, arrobado.

—Preferiría no haber tenido que jugar una partida de esa clase —se despidió Carpenter secamente.

Entró en el Galaxy vestido discretamente. Un camarero le reconoció, arqueó las cejas y luego avisó al *maître*.

El *maître* se acercó a Carpenter y le indicó una mesa situada en una posición excelente. Otro camarero se acercó a tomar nota del pedido.

—Agua y una rodaja de limón.

—Sí... sí, señor.

El mozo se marchó, desconcertado. Un humorista contaba chistes en el pequeño escenario, que se adentraba casi hasta mitad de la sala.

A los pocos momentos, un hombre se acercó a Carpenter.

—Teniente...

—Señor Carpenter, por favor —corrigió el joven fríamente—. Ya no pertenezco a la policía.

—Está bien, le ruego me dispense. Por favor, la casa le invita a algo más... más sabroso que agua con limón...

—Cuando quiera algo más que agua con limón, lo pediré, Mac.

Rimson Mac Thomas apretó los labios.

—Ha venido en plan descortés —dijo.

—Un día convertiré una de estas mesas en serrín y se lo haré comer todo, mezclado con pan y mantequilla. Mac, lárguese y déjeme contemplar el espectáculo.

Los ojos de Mac Thomas chispearon un instante. Pero supo contenerse, y se marchó.

—El agua con limón, señor —dijo el camarero instantes después. Carpenter puso un billete sobre la mesa.

—Guárdese la vuelta —dijo.

—Gracias, señor.

El humorista se marchó. Un presentador anunció la actuación, a renglón seguido, de la gran cantante Lois Marston.

Las luces se atenuaron en gran parte. Una hermosa joven salió a escena y empezó a cantar.

Lois interpretó varias canciones. Carpenter no era de los que pensaban que todas las mujeres le miraban continuamente, pero creyó ver cierta insistencia hacia su persona en los azules ojos de la cantante.

Al cabo de un rato, Lois, muy aplaudida, se retiró. Carpenter empezó a pensar en la forma de sorprender a Bully Caysel.

Dejó pasar todavía unos minutos. Luego, ostentosamente, abandonó el salón.

A través de una discreta ventanilla, instalada en su despacho, Rimson Mae Thomas observó la marcha del ex oficial de policía. Cerró la ventanilla y fue hacia el teléfono.

—El teniente Carpenter ha estado aquí un rato —informó momentos después—. Muy belicoso, pero no ha pasado de ahí. Ya se ha marchado.

—Está bien. Si vuelve, avíseme, Rim.

—De acuerdo.

Mac Thomas colgó el teléfono. Sacó el pañuelo y se secó el sudor de la frente. Aquel condenado Carpenter *el sin Miedo* le había hecho pasar un mal rato.

Mac Thomas no se dio cuenta de que alguien, en una estancia contigua, retiraba un objeto muy parecido al fonendoscopio de un médico. Su informe había sido captado sin que la persona que lo había escuchado se perdiese una sola sílaba.

* * *

Caysel no se hizo visible aquella noche en el Galaxy. Carpenter se prometió volver al día siguiente.

Tenía alquilado un departamento en la ciudad. Llegó tarde y empezó a desvestirse. Cuando estaba ya en mangas de camisa, sonó el teléfono.

Levantó el aparato de mala gana.

—Carpenter —dijo.

—Hola —sonó una voz femenina—. Quiero darle un informe.

—¿Sí? ¿No estará buscando otra cosa?

—No sea grosero, hombre. Si buscara esa... otra cosa, iría a ponerme debajo de un farol o en la puerta de una taberna.

—Está bien, hable, señora.

—Señorita... *Miss X* —dijo ella.

—Usted tiene ganas de broma, ¿verdad?

—No. Mac Thomas ha hablado con su jefe. Le ha Informado que usted ha estado en el Galaxy. El jefe ha dicho que le avise si vuelve. Eso es todo.

Carpenter se enderezó bruscamente.

—Oiga, señorita... *Miss X*, ¿quién le ha dicho...?

Al otro lado del auricular sonó una risita burlona.

—Estoy muy enterada de las cosas que suceden en el *Galaxy* —dijo ella—. Por ejemplo, incluso sé que hoy buscaba a un tipo que tenía su día libre.

—Yo diría que, además del teléfono, tiene delante una bola de cristal, *Miss X*.

—No tanto, pero vamos... Bully Caysel vive en la Cuarta, ochenta y siete, décimo, puerta C.

La mujer rió de nuevo.

—Adiós, teniente —se despidió.

Carpenter volvió el aparato a la horquilla. ¿Quién era aquella misteriosa mujer que le había dado semejantes informes?

Meneó la cabeza.

—Probablemente, pertenece al personal del *Galaxy* —murmuró.

Ello significaba una mujer hermosa y desdeñada por Hayes o Mac Thomas. Los tipos de la calaña de Hayes no aprendían jamás.

A la larga o a la corta, eran traicionados. Bien, se dijo, sería cosa de cultivar la amistad con *Miss X*..., si conseguía identificarla.

* * *

Bully Caysel abrió los ojos, bostezó y estiró los brazos voluptuosamente. Luego notó cierta sequedad en la boca.

Sentóse en la cama y empezó a rascarse el pecho velludo con una mano y la revuelta pelambrera con la otra. Entonces, de repente, vio un hombre sentado frente a la cama.

—Dormías como un cerdo, Bully —dijo Carpenter—. Como lo que eres, claro.

La mano de Caysel fue hacia la almohada. Carpenter lanzó una risita.

—Tu sueño era tan profundo que no sólo no te has enterado de que te quitaba la pistola, sino que se iba también la prójima que estaba contigo —añadió.

Caysel empezó a sudar.

—¿Qué... qué es lo que busca, teniente?

—Tenías que impedir, y apreciablemente no eras tú solo, pero te tocó la suerte, tenías que impedir, repito, que yo salvase la vida de

mi amigo Hollister. Bien, dime quién te lo ordenó.

Caysel apretó los labios.

—No sé de qué me está hablando, teniente —dijo.

—Nadie me puede acusar de ello y, además, lo hice en legítima defensa. Pero convendría que recordases lo que le pasó a Manny Spadino.

La frente de Caysel se cubrió de un sudor frío.

—Diablos, usted no puede...

Carpenter amartilló el revólver. Ahora usaba uno de cañón mucho más corto, pero con silenciador.

—Contaré hasta tres —dijo fríamente.

—¡Hugo Foran! —chilló Caysel.

—Hugo, ¿eh? ¿El segundo de Mac Thomas?

—Sí, es el jefe de personal del Galaxy...

—Digamos más bien que es el jefe de los pandilleros. Está bien, Caysel, muchas gracias. Un consejo: lárgate de la ciudad.

—¿Por qué? Aquí estoy bien...

—En cuanto llegue a la calle, hablaré con Foran y le diré que has «cantado».

Carpenter se puso en pie, dio media vuelta y salió del dormitorio. Cruzó la sala y abrió la puerta que daba al pasillo.

Un individuo asomaba en aquel momento por la esquina que daba a la escalera. Carpenter entró en el ascensor sin ver al sujeto, que se había retirado precipitadamente.

—¿Qué te ocurre, Jack? —preguntó Dude Wrokinski, que iba tras él.

—Aguarda unos instantes. Carpenter acaba de salir del departamento de Bully.

—¿Habremos llegado tarde?

—Eso me temo, Dude —contestó Jack Dillon.

—De todas formas, nos han dado unas instrucciones, ¿no es cierto?

—Sí, Dude.

—Entonces, no se hable más, Jack.

Wrokinski se acercó a la puerta, escuchó un instante y luego hizo girar el pomo.

Desde la entrada se percibía el sonido del agua al correr por el lavabo.

CAPÍTULO IV

Dillon y Wrokinski cambiaron una mirada. El primero, que llevaba ambas manos enguantadas, al igual que su compinche, se acercó a la puerta del cuarto de baño, en donde su ocupante estaba en aquellos momentos lavándose los dientes.

Sin hacer el menor ruido, Wrokinski alzó el bastidor de la ventana que había en la pared contigua de la sala. De pronto, con la toalla al cuello, Caysel salió del cuarto de baño.

Sus ojos, sorprendidos, contemplaron a los dos individuos vestidos de oscuro, con sombreros de fieltro y las manos enguantadas. Dillon tenía la suya a la espalda.

—Eh, ¿qué hacéis aquí? —dijo Caysel, sin sospechar nada—. ¿Quién os ha dado permiso para entrar en mi casa?

—Acércate a la ventana, Bully —pidió Wrokinski—. Queremos que nos enseñes a un individuo.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo malo?

—No te preocupes. Anda, ven.

Caysel obedeció sin oponer resistencia. Dillon se dijo que era mejor así, sin escándalo.

En aquellos momentos, Carpenter cruzaba la, calle en dirección a un quiosco de periódicos y revistas.

—Aquél —señaló Wrokinski.

Caysel picó ingenuamente y asomó casi medio cuerpo fuera de la ventana.

—¿Quién? —preguntó.

Pero ya los dos sujetos habían asido sus tobillos y empujaban hacia arriba, con un movimiento de fulminante simultaneidad. Caysel chilló agudamente.

La calle estaba a diez pisos más abajo.

Algo coloreado revoloteó por el aire, separado del cuerpo de Caysel, cuya chaqueta de pijama se agitaba como si fuesen las alas de un pájaro. La toalla llegó al suelo a unos metros del cuerpo de su dueño.

Carpenter oyó primero un lejano grito. Luego, chillidos y alaridos.

A pesar del tumulto de la calle, todavía tuvo tiempo de captar, en una fugacísima visión, la imagen de algo que caía a toda velocidad hacia el suelo. Después percibió el horrendo sonido del impacto.

Una vez le había tocado hallarse en las inmediaciones, cuando un suicida se tiró a la calle desde un decimoquinto piso. Carpenter no había olvidado jamás el horrible ruido de carne machacada y huesos deshechos.

Sin saber por qué, presintió lo ocurrido. Ya no podía hacer nada.

La gente se arremolinaba en torno al lugar del suceso. Carpenter divisó una cafetería a pocos pasos de distancia y entró en ella.

Había una mujer en el mostrador, pero no le prestó atención. Pidió una taza de café, mientras oía a su alrededor excitados comentarios.

Sonó una sirena policial. Un coche de patrulla acudió y dispersó a los curiosos. En el mismo instante, dos hombres salían de la casa donde vivía Caysel.

Carpenter los vio, identificándolos en el acto. Sin prisas, sorbió su taza de café. Debí haberme imaginado algo por el estilo, se preguntó.

La mujer que estaba a su lado se levantó para abandonar el local. Carpenter le dirigió una mirada casual.

Era tan alta como él, aunque había que contar con los zapatos de medio tacón que formaban parte de su atuendo. Tenía el pelo dorado, con vetas un tanto oscuras, sedoso y brillante. Carpenter no pudo verle los ojos, porque los llevaba ocultos tras unas grandes gafas de color. Pero sí se dio cuenta que tenía la cara completamente limpia de maquillaje.

Ella salió a la calle. Carpenter encendió un cigarrillo.

—No me gusta que entres sin llamar —se quejó Diana Bluther. Carpenter se echó a reír.

—Estás condenadamente guapa, si quieres que te diga la verdad. Y, por si alguno de tus súbditos no te lo ha dicho, yo te daré la noticia, aunque ya no llegará a la edición de hoy.

—¿Qué noticia, Walt?

—Caysel ha sido defenestrado, Diana.

—¿Caysel? No le conozco, Walt.

—Pertenece a la plantilla del Galaxy. El Galaxy, por si no lo sabías, es de Hayes. Un buen negocio, todo hay que reconocerlo, pero, en realidad, la tapadera para otros negocios no tan honestos.

—Ya. Y Caysel se iría de la lengua...

—Probablemente, lo que querían era evitarlo, pero llegaron tarde.

—¿Cómo dices, Walt?

—Por quince o veinte segundos no pude salvar la vida a Rob Hollister —explicó él—. Un tipo me detuvo insistentemente, con la excusa de que le habían robado la cartera. Yo le envié al diablo; él mismo era un veterano carterista y no me creí su historia. En aquellos momentos, Spadino disparaba contra Rob.

—Ah, vamos, tú sabías...

—Me había enterado de que un asesino «importado» estaba en Hattonville para matar a Rob y quería evitarlo. El individuo robado me lo impidió.

—¿Deliberadamente?

—Así lo creí en un principio, pero luego me di cuenta de que él no tenía nada que ver en el asunto. Comprobé su historia; era auténtica. Pero el que le robó lo hizo para que su víctima me cerrase el paso, impidiéndome llegar a tiempo para salvar a Rob.

—Creo que voy comprendiendo. Sigue, Walt, es muy interesante.

—El auténtico ladrón de carteras se llamaba Bully Caysel. Es de suponer que no estuviese solo en las inmediaciones; debía de haber más compinches, con la misión de permitir que Spadino cumpliera su «contrato». Pero le tocó a Caysel.

—Y lo han asesinado para que no hable.

—Exactamente, Diana.

Ella se reclinó en el sillón, con el cigarrillo recién encendido en la mano izquierda.

—Walt, ¿qué sabía Hollister?

—No puedo contestarte a esa pregunta de un modo muy concreto. Sé que era listo, inteligente... y sabía sumar dos y dos cuando llegaba la ocasión.

—Investigaba las acciones delictivas del señor Hayes.

—Sí, Diana.

—Entonces, habrá dejado notas en alguna parte... Si es que consiguió algo, por supuesto.

—No estoy muy seguro —dijo Carpenter.

—¿Por qué?

—Rob tenía una memoria fantástica. Almacenaba los datos en su cerebro como lo haría una computadora.

—Es una magnífica cualidad, pero no sirve. La memoria de unos hechos, si no va acompañada de pruebas documentales o de otro tipo, no es admitida en los tribunales.

—Tal vez Rob sólo quería formar un *dossier*, para divulgarlo en el momento adecuado y hundir a Hayes.

—Es probable —admitió ella—. ¿Has registrado su oficina?

—Hasta el último rincón.

—Y no has encontrado nada.

—No. Me hubiera gustado que Rob dejase algo escrito para orientarme. Pienso también en una cosa, que es asimismo de tu interés.

—¿De qué se trata, Walt?

—Recuerda los motivos de la muerte de tu esposo, Diana.

El opulento pecho de la mujer se agitó fuertemente.

—Lo sé —dijo—. El pobre Denis trataba de cortar las nefastas actividades de Hayes.

—Los asesinos no han sido encontrados. Eran, seguramente, dos pistoleros «importados», como en el caso de Rob Hollister.

—Pero tú cazaste a Spadino.

—Porque actué impulsivamente, sin aguardar órdenes. Pero cuando murió tu esposo, me asignaron otra investigación. Entonces pensé que era una orden acertada, aunque inoportuna. Ahora, cuando me destinaron a otro departamento, sin dejarme seguir adelante con el caso Hollister, comprendí lo que pasaba y dimití.

Diana le dirigió una mirada de simpatía.

—Eres poco dúctil —dijo—. Debiste tratar de ser un poco más

diplomático...

—Lo siento, es mi carácter. —Carpenter se puso en pie, y después de unas palabras amables, se despidió.

* * *

—¿Agua con limón, señor?

Carpenter sonrió.

—Hoy tengo ganas de beber algo más fuerte. Agua con limón, en efecto, y un dedito de ginebra —solicitó.

—Bien, señor.

Lois Marston cantaba ya en el escenario. Ahora vestía un traje de color distinto al de la víspera, aunque de hechura idéntica.

Al cabo de un rato, Lois se marchó, escoltada por una cerrada ovación. De pronto, Carpenter divisó a un individuo entre las sombras del mostrador, situado en uno de los lados de la sala.

Era Dillon. Carpenter decidió charlar con él un instante.

Dejó un billete sobre la mesa y se puso en pie. Segundos más tarde, otro billete caía sobre el mostrador.

—Invite al caballero —ordenó.

Dillon se volvió, sorprendido.

—Teniente, ¿a qué se debe esa generosidad? —exclamó, cáustico.

—A veces, los condenados a muerte tienen derecho a un último trago, Jack.

El barman puso *whisky* delante de Dillon.

—Una broma estúpida, teniente —rezongó el sujeto.

—No, no es una broma. Hablo completamente en serio, Jack.

—¿Me ha condenado usted a muerte?

—¿Yo? ¿Qué tonterías dices? —Carpenter rió entre dientes—. Caysel se ha caído hoy por una ventana. Parece ser que no querían que se fuese de la lengua. Pero es muy probable que los que le hicieron saltar desde diez pisos de altura corran la misma suerte. También debe de andar alguien por ahí que piensa que lo mejor son las bocas cerradas definitivamente. Si a Caysel se lo han cargado, ¿por qué no hacer lo mismo contigo, Jack?

Dillon se había puesto pálido. Carpenter le observó y soltó una risita.

—La verdad, trabajar para un tipo que paga con coronas funerarias no debe de resultar muy estimulante —concluyó.

Dillon soltó una maldición. Carpenter se alejaba ya, pero no quiso llamarle.

Al fondo, divisó a Hugo Foran. Un sudor frío inundó su frente. ¿Le había visto hablando con Carpenter?

¿Qué pensaría Foran?

El rostro de Foran, delgado, cetrino, aparecía impenetrable. De repente, Dillon empezó a pensar si él y Wrokinski no habían cometido un error al acatar la orden de defenestrar a Caysel.

¿Quién les garantizaba que, a su vez, no fuesen asesinados para que no pudieran hablar algún día?

CAPÍTULO V

Rimson Mac Thomas levantó el teléfono.

—Sin Miedo ha estado aquí —informó.

—¿Se ha ido ya?

—Acaba de salir. Estoy seguro de que anda tras el asunto Hollister.

La puerta se abrió silenciosamente. Mac Thomas captó el gesto de Foran.

—Un momento, señor —dijo—. No se retire, por favor.

Foran se acercó a Mac Thomas y le dijo algo al oído. Mac Thomas frunció el ceño.

—Está bien. Jefe, tengo más noticias.

—¿Sí?

—Carpenter ha estado hablando con Dillon.

—Eso no me gusta, Rim.

—Lo sé, señor, pero Dillon es de confianza...

—En este mundo no hay nadie de confianza. De todas formas, se le puede conceder una oportunidad.

—Bien, señor, pero Sin Miedo sigue molestando. Resultará mucho más duro de pelar que Hollister. Mi opinión es que sería conveniente llamar a dos buenos amigos para... retirarlo de la circulación.

—Bien, encárgate del asunto. Pero que no haya fallos, como en el caso Spadino. ¿Entendido?

—Sí, señor. Ah, otra cosa... ¿Qué pasará mientras? Sin Miedo parece decidido a continuar el trabajo de Hollister.

—No hay pruebas, Rim.

—Convendría seguir buscando, señor.

—¿Dónde, por ejemplo?

—En su oficina no encontramos nada. Pero hoy me han informado de que tenía una pequeña cabaña en el campo...

—Quizá haya algo allí. Envía a dos tipos de confianza.

—Sí, señor.

Minutos más tarde, Lois Marston se disponía a abandonar el local por la puerta de artistas. Hugo Foran dirigió a la joven una mirada de deseo.

—¿Quiere que la acompañe al hotel, señorita Marston? —preguntó.

—No, muchas gracias, tomaré un taxi. No se moleste por mí...

—No sería molestia alguna, sino todo lo contrario.

A Lois le desagradaba aquel individuo, pero no quería demostrarlo. Cedió, con la mejor de sus sonrisas.

—Si tanto se empeña...

—Será un placer. Y, por favor, llámeme Hugo.

Lois se acomodó en el coche de Foran. El viaje hasta el centro resultó mejor de lo que esperaba. Foran se comportó caballerosamente y los elogios hacia su belleza no rebasaron en ningún momento los límites de la discreción.

—Mañana volveré a esperarla —prometió Hugo al despedirse.

—Muy bien —contestó ella.

Las luces del coche de Hugo se alejaron. Entonces, Lois, en lugar de entrar en el hotel, retrocedió y dobló la próxima esquina.

A diez pasos había una cabina telefónica.

* * *

Carpenter estaba durmiéndose justamente cuando sonó el teléfono. Casi saltó de la cama, repentinamente sobresaltado por los timbrazos.

De muy mal humor, alargó la mano y levantó el auricular. Una voz femenina sonó al instante en su oído:

—Hola, Sin Miedo.

—Miss X —exclamó él.

—La misma —rió la mujer—. Oiga, hasta hoy no me había enterado del apodo que le dan. Sus enemigos, por supuesto.

—Algunos, hasta tienen sentido del humor. ¿Cree usted que soy un superhombre? En ocasiones también he pasado miedo, se lo

aseguro.

—Pero menos que los demás, claro.

—Eso no es relevante ahora. Estaba dormido, *Miss X*.

—Oh, cuánto lo siento. Bien, bien, continúe durmiendo; ya le daré las noticias otro día. Mañana, la semana próxima...

—¡No, espere! —gritó Carpenter—. ¿Cuáles son esas noticias?

—Primero, el jefe, sea quien sea, sabe ya que ha estado en el *Galaxy* y que ha hablado con Dillon.

—Oh, sí, me lo imaginaba. Aunque nadie más que Dillon ha oído lo que yo decía, tampoco hice un secreto de la entrevista. Precisamente quería que me vieran con él.

—¿Por qué, Sin Miedo?

—Para metérselo a Dillon en el cuerpo. Caysel murió esta mañana. Dillon es uno de los que lo arrojaron por la ventana.

—Sigo sin entender —dijo ella.

—Es muy sencillo. Si Caysel murió para que no hablase, ¿por qué no puede pasarle lo mismo a Dillon?

—Ahora ya está un poco más claro. Dillon debe estar pensando en que a él también le puede pasar lo que a Caysel.

—Exactamente. Mire, esa organización se sostiene de un modo... como la pared de una casa se sostiene por los ladrillos que la componen. Si uno quita algunos ladrillos, la pared se resiente. Incluso puede venirse abajo. Y aunque siga en pie, su firmeza se habrá resentido.

—Creo que le comprendo. Lo que está haciendo usted es una especie de guerra psicológica.

—Algo por el estilo.

—No está mal, pero ellos también emplean armas que no son precisamente las de tipo psicológico.

—Lo sé, *Miss X*. ¿Alguna otra cosa?

—Sí. Dos noticias.

—Venga la primera. Soy todo oídos.

—Mac Thomas va a llamar a dos buenos amigos. Para Hollister, por lo visto, se las apañó con uno solo.

—Entiendo. ¿Qué más?

—Mac ha hablado de la cabaña que Hollister tenía en el campo. Dice que, probablemente, allí puede haber algo...

Carpenter soltó una risita.

—Miss X, yo he estado en aquella cabaña y puedo asegurarle que jamás nadie ha hecho un registro tan minucioso como el que hice anteayer.

—A pesar de todo, yo creo...

—Gracias por sus informes. ¿De dónde los obtiene usted, Miss X?

—Hombre, no se lo voy a decir, como comprenderá usted... —y colgó.

Miss X había obtenido unos informes que no dejaban de ser preocupantes. Sobre todo, si se traducían la palabra «amigos» por pistoleros.

Dos hombres vendrían a Hattonville para eliminarle, como habían hecho con Hollister.

¿Había registrado bien la casa de campo de Hollister?

* * *

La chica estaba en la cocina, levantando las tapas de los botes, cuando oyó a lo lejos el ruido del motor de un automóvil.

Corrió a la parte delantera. Por el camino que serpenteaba entre las colinas, se divisaba un coche. Lois Marston apretó los labios. Irresoluta un instante, se decidió al siguiente. Volvió a la cocina y salió por la trasera, en busca de un escondite que le permitiera ver sin ser vista.

El automóvil se detuvo a los pocos momentos delante de la casa. Lois vio saltar a su único ocupante. Por su coche, alquilado en Hattonville, no se preocupaba; había quedado bien escondido, al otro lado de unos arbustos, situados a cien pasos.

Walt Carpenter miró a su alrededor. El silencio era absoluto.

A cincuenta pasos, el aire agitaba suavemente las hojas de unos álamos. El arroyo, rumoroso, corría a un cuarto de kilómetro, entre las laderas de un pequeño valle.

Tras unos segundos de indecisión, Carpenter se acercó a la casa. Entonces oyó a lo lejos el ruido del motor de un coche.

Corrió a esconderse en la casa. Lois vio su maniobra, pero permaneció quieta y silenciosa. Desde donde se hallaba, dominaba perfectamente la fachada delantera.

El segundo coche se detuvo junto al de Carpenter.

—Ha llegado alguien, Hugo —rezongó Dillon.

Foran saltó al suelo. Durante un segundo, permaneció indeciso.

—Estoy aquí, chicos —dijo Carpenter, surgiendo de repente en la puerta de la cabaña.

Foran y Dillon se volvieron como el rayo. Carpenter alzó las manos.

—Estoy desarmado —dijo, sonriendo.

—Sería una buena ocasión —masculló Foran.

—¿Mejor que la de Bully Caysel?

Foran se puso rígido.

—Usted habló con él. ¿Qué le dijo?

—Un nombre. El suyo. Como me lo dijo también Dillon.

—¡Eh! —protestó el aludido—. ¡Yo no he dicho nada!

—Vamos, vamos, Jack, no mientas. ¿Por qué crees que has venido aquí? ¿Para registrar un sitio que yo he registrado ya a fondo? Te lo advertí, podía pasarte lo mismo que a Bully. Estás metido en una organización donde sólo interesan las bocas cerradas.

Lentamente, Dillon se volvió hacia Foran.

—De modo que me has traído aquí para asesinarme —dijo.

—Estúpido, yo no...

Foran no pudo seguir hablando. Loco de ira, pero todavía más de miedo, Dillon sacó su pistola y apretó el gatillo.

Foran chilló, a la vez que se tambaleaba. Pero la precipitación hizo que Dillon no afinase la puntería y Foran pudo sacar también su pistola.

Los dos hombres se acribillaron mutuamente, a cuatro pasos de distancia el uno del otro. Dillon había sido el primero en disparar, pero fue también el primero en caer, con una bala en la frente y tres en el pecho.

Foran se desplomó de espaldas. Tenía tres balazos un poco más arriba de la cintura.

Su rostro estaba ceniciento. Vio turbiamente a Carpenter que se le acercaba, pero ya no tenía fuerzas para levantar su pistola.

—Es... usted... infernalmente astuto... —jadeó.

—Un amigo mío, bueno y honesto, murió asesinado. Se llamaba Hollister.

—Yo... no...

—A estas alturas, cuando se está en tus condiciones, ya no se puede mentir. Aunque tampoco me importa demasiado.

Había rabia impotente en la mirada de Foran. Demasiado tarde se daba cuenta de que el hombre que, visto desde su posición, le parecía tan alto, había jugado con él y con Dillon como simples muñecos. Quiso levantar la mano en un último gesto, pero, de pronto, las fuerzas le fallaron y se quedó quieto.

Carpenter permaneció inmóvil unos momentos. Para Hayes, se dijo, sería un duro golpe, aunque no debía perder de vista la información referente a los pistoleros que ya habrían sido llamados.

Sería cosa de averiguar el día y la hora de su llegada. Le convenía por una razón muy sencilla.

Si quería seguir viviendo, debía atacar antes de ser atacado.

De repente, oyó un ruidito en las inmediaciones. Giró sobre sí mismo con enorme velocidad, a la vez que saltaba a un lado y se dejaba caer al suelo, todo ello con el mismo movimiento. Y mientras se movía con increíble velocidad, sacó su revólver y apuntó hacia el lugar donde había sonado el crujido de ramajes.

Sostenía el revólver largo con ambas manos. El percutor estaba levantado. Una leve presión y saldría la bala.

—¡No tire, soy amiga! —gritó una mujer.

CAPÍTULO VI

Lois Marston salió con las manos en alto, a fin de mostrar la rectitud de sus intenciones. Carpenter la contempló con enorme asombro.

—Pero ¿qué diablos...?

Desamartilló el arma y se puso en pie.

—¿Qué hace usted aquí, señorita Marston? —preguntó.

—Estaba... Yo vine a...

Carpenter se dio cuenta de que la vista de los dos cadáveres había impresionado enormemente a la muchacha. Guardó el revólver y movió la cabeza.

—Lo ha visto todo, ¿eh?

—Sí. Fue... horrible..., esos dos tipos, tiroteándose salvajemente...

—Viven de la violencia. ¿Le extraña que mueran por la violencia?

—¿Eran pistoleros?

—Hampones. No se les puede llamar pistoleros profesionales, pero, en ocasiones, usan las armas. ¿Qué hacía usted aquí, señorita Marston?

—Me... me dijeron que esta casa estaba en venta... El dueño murió hace poco...

—¿Le gusta el paisaje?

—Tardaré mucho en olvidar lo que he visto, señor Carpenter.

—Es usted joven. Pronto ni se acordará de lo que ha pasado aquí —sonrió él.

Sacó cigarrillos y ofreció uno a la chica. Ella inhaló el humo nerviosamente.

—Éste es un buen sitio para pasar vacaciones y fines de semana

—dijo Carpenter, después de haber encendido su cigarrillo—. Al dueño le gustaba mucho venir aquí.

—¿Hay pesca en el arroyo?

—No demasiada, pero eso es lo de menos. El ambiente es sano, silencioso, tranquilo... Quizá el paisaje no sea de película, pero se descansa muy bien después de una semana de trabajo. Además, se puede pasear... Caminar es muy conveniente; mejora mucho la salud y calma los nervios.

—Eso dicen —convino Lois, algo más calmada.

Lois se puso en pie.

—Avisaré a la policía, supongo —dijo.

Carpenter se encogió de hombros.

—Alguien vendrá a investigar, cuando vea que esos tipos no regresan —contestó.

—No quiere compromisos, ¿eh?

—Me reservo los motivos de mi silencio. Aunque si usted lo desea, puede avisar a la primera patrulla que se encuentre en el camino.

Lois ya no dijo nada. Agarró el bolso y se dirigió hacia la puerta.

—¿Comprará la casa? —preguntó Carpenter cuando ella se disponía ya a cruzar el umbral.

—Tengo que pensármelo. Buenos días, teniente.

—Buenos días, señorita Marston.

Carpenter sonrió maliciosamente. Se acercó a la puerta y, apoyándose en la jamba, contempló a Lois, que cruzaba el prado. Ella vestía ahora un traje muy liviano, estampado en vivos colores, sin mangas y con la falda cortísima.

—Unas piernas preciosas —murmuró.

Y luego, cuando Lois hubo desaparecido de su vista, emprendió el registro de la casa, sin preocuparse en absoluto de los dos cuerpos inmóviles que reposaban sobre la hierba.

Dos horas más tarde encontró una pitillera de metal. El hecho le preocupó un tanto, no por el hallazgo en sí, sino por el lugar en que había sido encontrada y las iniciales de su propietario grabadas en un ángulo de la tapa.

Muy pensativo, se echó la pitillera al bolsillo y salió de la casa.

Aún no se veía ningún coche de la policía.

Sonrió para sí. Lois había preferido callar.

Estaba arreglándose para salir, cuando sonó el teléfono.

Levantó el aparato.

—Hola —dijo.

—¿Walt? He encontrado una fecha libre —dijo Diana Bluther.

—¿A qué pretendiente has desdenado por este brutal ex teniente de la policía?

Ella se echó a reír.

—Lo has leído, ¿eh? —dijo.

—Sí. Gordon Cross no se ha mordido la lengua.

—Lo siento, Walt; mi periodista tuvo que escribir lo que declaró Cross —manifestó Diana.

—Ya me lo imagino. La prensa debe ser veraz, imparcial y objetiva. Pero supongo que Cross debe de dormir mucho mejor, ahora que ya no pertenezco al Departamento de Policía.

—Sí, eso creo yo también. ¿Cuál es tu opinión acerca de ese tipo?

—Un sapo hinchado. Pero también un loco. Repite lo que le han enseñado a decir.

—¿Hayes?

—Sí.

—Está bien. Tengo libre mañana por la noche. ¿Te parecen bien las siete y media?

—Magnífico. Seré puntual, Diana.

—Y yo te tendré preparada una cena que te hará olvidar los guisos de tu madre —rió Diana.

Carpenter dejó el teléfono en su horquilla. Terminó de vestirse y salió a la calle.

Horas más tarde asaltó una casa, entrando por la ventana. Sin hacer el menor ruido, buscó una silla, con la ayuda de un fósforo, y se sentó a esperar.

La puerta de la habitación se abrió media hora más tarde. Alguien encendió la luz y se dispuso a cerrar la puerta. Entonces, Carpenter dijo:

—Hola, Miss X.

Lois se volvió. Todavía no se había dado cuenta de que había un intruso en su camerino.

—Usted —dijo en voz baja.

Carpenter hizo un gesto con la mano.

—Cierre —indicó.

Lois obedeció.

—¿Qué quiere? ¿A qué ha venido? —preguntó.

—Su coche estaba escondido a cien metros de la casa de Hollister. Usted estaba también escondida entre unos arbustos.

—Sentí miedo...

—La casa de Hollister no está en venta. Además, he reconocido su voz.

Lois dejó caer los brazos a lo largo de los costados.

—Está bien. Lo admito, Soy *Miss X* —dijo.

Carpenter sonrió.

—¿Por qué lo hace, Lois? —preguntó—. No me diga que sólo por simpatía...

Los ojos de la joven se oscurecieron.

—Permítame que me reserve los motivos, por ahora —dijo.

—Muy bien, permitido. Ahora, dígame, ¿cómo se procura esos informes tan sorprendentemente exactos?

—¿Me promete que no lo revelará a nadie?

—Prometido —contestó.

—Está bien. Venga, pero... no haga ruido, no alce la voz.

Lois se acercó a la pared y descolgó una fotografía, con cristal y marco, de una artista que había trabajado allí antes que ella. De pronto, recordó algo.

—Apague la luz, teniente.

Carpenter obedeció. El camerino quedó a oscuras.

De pronto, vio un leve resplandor a la altura de la cara de Lois. Se acercó a ella y vio que el resplandor provenía de un agujerito practicado en la pared.

Miró a través del orificio, pero no vio nada. Lois pegó los labios a sus oídos.

—No hable —susurró.

La luz desapareció. Instantes después, Lois encendía la del camerino.

Carpenter miró hacia la pared. El agujero estaba tapado por un trozo de materia plástica, de sección cilíndrica. Luego se volvió hacia la joven con expresión inquisitiva.

—Al otro lado de la pared hay un cuadro. No está colgado de modo que quede pegado al muro; por eso entra algo de luz —explicó la joven.

—Ya entiendo. Y usted escucha...

Ella abrió un bolso de mano, de gran tamaño, y le enseñó el fonendoscopio.

—El despacho de Mac Thomas es muy grande. A veces, los sonidos de las conversaciones no se captan con la debida claridad.

—¡Maravilloso! —exclamó Carpenter—. Le voy a dar la medalla del espía de primera clase, con palmas y diamantes.

—Esto no es cosa de burla, teniente.

—Me llamo Walt y ya no soy policía —gruñó él—. Sí, sé que no es cosa de burla. ¿Cómo se le ocurrió?

—Casi el primer día, cuando entré en el despacho de Mac Thomas. Estudié la disposición de las paredes y vi que hay una que resulta contigua a mi camerino. Traté de escuchar, pero el muro es demasiado grueso.

—Y lo perforó.

—Sí. En varias sesiones... durante los descansos de los ensayos, por las mañanas. Bueno, quiero decir a mediodía; como me acuesto tarde...

—Comprendo. Pero quizá se le olvidó una cosa.

—¿Qué, Walt?

—Al perforar, el polvillo, en parte, cayó al otro lado.

—En cuanto terminé, busqué una excusa para entrar en el despacho. Hay un diván bajo el cuadro que tapa el agujero. Me senté allí y distraje a Mac con unos cuantos chistes.

—Otra medalla —sonrió Carpenter—. Lois, ¿sabe algo de los pistoleros que tienen que venir?

—No. Se lo diré en cuanto lo oiga.

—Gracias. Ah, procure enterarse también de los nombres, el día y la hora.

—De acuerdo.

Carpenter se dirigió hacia la ventana.

—Apague la luz —recomendó.

—Suerte —le deseó ella.

Momentos después, Lois se quedaba sola. Aplicó el fonendoscopio a la pared, pero no logró escuchar nada de

importancia.

Un tanto decepcionada, empezó a cambiarse de ropa.

Cuando se disponía a salir, pensó, estremeciéndose, que aquella noche Foran no la esperaría para acompañarla al hotel. «Debía de ser horrible morir de aquella manera», pensó.

Una frase, pronunciada por Carpenter, acudió a su memoria.

—*Viven de la violencia. ¿Le extraña que mueran por la violencia?*

CAPÍTULO VII

El hombre que estaba tras el mostrador, apretó los puños con rabia, mientras contemplaba a los dos sujetos que tenía frente a sí.

Pete Garth dejó sobre el mostrador un documento.

—Fírmelo, señor Lyers —dijo—. Es una buena póliza, nuestra compañía de seguros es la mejor de todas. A los que tienen pólizas en nuestra compañía, jamás les ocurre nada: ni accidentes callejeros, ni se les quema el local de su negocio o su vivienda... Total, son cincuenta semanales. ¿Qué representa esa fruslería para un hombre como usted?

Hank Lyers apretó los puños con ira.

—No firmaré —dijo roncamente.

—Volveremos a las cinco de la tarde —dijo Ryle Eall con mucha suavidad—. Tendrá el documento firmado y el pago de la prima de seguros correspondiente a esta semana.

Eall y Garth se marcharon. Lyers ahogó una maldición. De buena gana hubiera saltado al cuello de aquellos repulsivos sujetos...

Pero no podía hacerlo; tenía veinte años más que cualquiera de ellos y, además, debía pensar en su mujer y en los chicos.

No obstante, todo su ánimo se rebelaba ante la idea de tener que pagar por algo que no había pedido en absoluto y que, expresándolo con toda crudeza, era un robo.

Pero quizá había una forma de solucionar el asunto. De pronto, se fue hacia el teléfono y marcó un número.

Habló durante unos momentos. Luego, alguien dijo:

—No te preocupes, Hank, yo arreglaré este asunto.

—Gracias, teniente; sabía que lo haría. ¿Por qué no le nombrarán a usted jefe de policía en lugar de a ese incompetente y venal capitán Murdock?

Carpenter se echó a reír.

—Hank, ése es un puesto que no querría yo por nada del mundo —contestó.

Faltaban unos pocos minutos para las cinco de la tarde, cuando Carpenter pidió a una atractiva secretaria que le anunciase a su jefe. Momentos después, le dijo ésta.

—Entre, el señor *Cross* tiene mucho gusto en recibirle.

Detrás de una imponente mesa de trabajo había un hombre más alto que Carpenter y de mayor peso, pero con veinte años más y los músculos muy blandos. A Gordon *Cross*, sin embargo, le gustaba endurecer las facciones, a fin de impresionar a sus interlocutores.

—Si viene a verme por lo que declararé al redactor del *Citizen*...

—Oh, no, en absoluto —sonrió Carpenter, después de haber terrado cuidadosamente la puerta—. ¿Por qué había de oponerme yo a la libre expresión de las opiniones ajenas?

Cross se desconcertó.

—Entonces, ¿qué diablos quiere? —preguntó.

Tranquilamente, Carpenter metió la mano en el bolsillo y sacó dos cosas: una tarjeta, con unas cifras escritas, y un frasquito de vidrio. Entregó la tarjeta a *Cross* y luego destapó el frasco, del que brotó al instante una leve columnita de humo.

—Llame a ese número y pregunte por Garth o por Eall. Cuando conteste uno de los dos, dígame que recoja la póliza de seguros que llevaron esta mañana... sin firmar y sin el dinero.

Los ojos de *Cross* contemplaron aterrados el frasco de vidrio.

—Sí, es vitriolo —confirmó Carpenter, impassible.

La cara de *Cross* estaba cenicienta. Apenas si se atrevía a moverse en su sillón giratorio de alto respaldo.

Con un tembloroso índice, hizo girar el disco telefónico. A los pocos instantes dijo:

—Quiero hablar con Garth. O con Eall, tanto da.

—Aún no... Ah, sí, aquí entran —contestó Lyers.

Momentos después, *Cross* oyó la voz de Garth:

—¿Quién es?

—Es el jefe. Escucha, Pete, recoge la póliza y vete... No hagas preguntas, diablos; ni se te ocurra pedirle el dinero a Lyers. ¡Haz lo que te ordeno, imbécil!

—Está bien, como mande, jefe.

Garth colgó el teléfono, desconcertado y se volvió hacia Lyers.

—Deme la póliza —dijo.

Lyers se la entregó.

—Vámonos, Ryle —dijo roncamente.

Eall siguió a su compinche.

—Pero ¿qué diablos pasa? No te ha dado el dinero...

—El jefe ha debido de volverse loco —rezongó Garth de malísimo humor.

Cross estaba loco, pero de rabia.

—De modo que ahora se dedica usted a la competencia —dijo.

Carpenter se puso un cigarrillo entre los labios.

—Sí, yo también quiero fundar mi propia compañía de seguros —contestó—. Lo que pasa es que yo no extorsiono a la gente, ni apaleo a los ciudadanos honrados, ni les quemo sus hogares o sus negocios, ni empleo matones... ¿Llamaría ahora a Hayes?

—Hayes no tiene nada que ver...

—Cuando él tira de los hilos, usted se mueve como una marioneta —dijo—. ¿Cree que no sé a quién pertenece realmente esta sedicente compañía de seguros, que no es sino una forma como otra cualquiera de despojar a la gente honrada de sus ganancias?

Se puso en pie.

—Conozco dos casos en los que sus matones emplearon el vitriolo —añadió—. Una mujer, bastante guapa, quedó horriblemente desfigurada. Un hombre ha perdido la vista casi por completo. ¿Sabe lo que es recibir una dosis de la propia medicina?

El contenido del frasco fue a parar de golpe a la cara de Cross.

Se oyó un aullido inhumano.

Cross cayó al suelo, revolcándose espantosamente, lleno de terror. De pronto, se dio cuenta de que no sentía el menor dolor, que no percibía en absoluto ninguna sensación de quemadura.

A dos pasos de distancia, alguien reía estruendosamente.

Se incorporó un poco. Miró a Carpenter con ojos extraviados.

—No era más que un poco de agua, con algo de humo de tabaco, que yo soplé en el frasco antes de salir de casa —dijo el visitante.

Ebrio de ira, no sólo por el pánico que había pasado, sino por el horror a que había estado sometido durante unos segundos, Cross se levantó y corrió hacia la mesa. Abrió un cajón y se dispuso a sacar un revólver que guardaba allí.

Dos manos de hierro sujetaron su antebrazo. La mano derecha quedó sobre el frasco de vidrio, que estaba volcado sobre la mesa. El puño de Carpenter golpeó con fuerza.

Cross aulló de nuevo. El frasco, al romperse, había causado varias cortaduras en la palma de su mano. Pero casi en el acto, notó un contacto muy duro en su mandíbula y perdió el conocimiento.

Carpenter se dirigió tranquilamente hacia la salida.

La secretaria se había ido ya.

—Lástima —se dijo.

* * *

Lanzando un suspiro de satisfacción, Carpenter se dejó caer sobre el diván.

—Estoy a punto de explotar —declaró.

—¿Has cenado a gusto? —preguntó Diana.

—He comido como no lo hacía desde que tenía veinte años.

—Ahora traeré el *brandy* —dijo ella.

Carpenter sonrió. Cuando quería, Diana sabía ataviarse adecuadamente. Había mucha tela en la mitad inferior del vestido; en la parte superior, apenas si había dos trocitos de tela en la parte del pecho.

Luego, Diana se sentó junto a Carpenter.

—¿Cómo marchan tus asuntos? —preguntó.

—No tan bien como desearía, aunque tampoco se puede negar que he conseguido algún resultado.

—¿Por ejemplo?

—Gordon Cross quería expoliar a un antiguo amigo. Fui a verle a su despacho y le convencí de que no lo hiciera.

—A golpes.

—¿Crees que no sé usar la psicología? —Carpenter explicó su entrevista con Cross y Diana rió en abundancia—. Tendrías que haberlo visto, medio muerto de miedo.

—Sí, me habría gustado. Pero ¿por qué a Cross precisamente?

—Su compañía de seguros es una filfa. Lo que hacen en realidad es explotar a la gente.

—Creo que comprendo. Extorsión, ¿no?

—Justamente. Además, ni siquiera Cross actúa por propia

iniciativa. Es un pelele de Hayes, como Mac Thomas y unos cuantos más. Hayes es el que tira de todos los hilos... el que, desde la sombra, ordenó el asesinato de Rob Hollister.

—Pero no has conseguido pruebas, Walt —alegó Diana.

—Las conseguiré. No sé cómo, pero acabaré por llevar a Hayes a un sitio del que no saldrá en veinte años.

—Ten cuidado. Es un enemigo muy peligroso.

Carpenter sonrió. De pronto, agarró a la mujer por la cintura y la atrajo fuertemente hacia sí.

—Yo tengo un enemigo mucho más peligroso —dijo.

—¿Quién? —preguntó ella, con los ojos muy brillantes.

—Tú.

Diana quiso decir algo, pero los labios de su invitado se lo impidieron.

Más tarde, mientras se peinaba, vio a través del espejo que Carpenter anudaba la corbata.

—¿Te vas? —preguntó.

—Sí, preciosa.

Diana se volvió en el taburete del tocador.

—Es pronto, ¿no te parece?

—Tengo que acudir a una cita. De negocios, no pienses mal de mí.

—Lástima. La velada apenas había empezado...

—Exagerada. Son casi las doce de la noche —rió Carpenter.

Se acercó a ella y se inclinó para besarla.

—La cena, exquisita, pero la hospitalidad ha resultado aún superior —murmuró a su oído.

Diana sonrió cálidamente.

—Ten cuidado —recomendó.

—Sí.

Al salir a la calle, Carpenter sacó algo de su bolsillo y lo hizo saltar en la palma de la mano.

La pitillera, con las iniciales D. B., brilló un instante a la luz del farol más próximo. Carpenter se preguntó por qué no había informado a su dueña del hallazgo.

Pero más le hubiera gustado saber a qué había ido Diana, en una ocasión por lo menos, a la cabaña de Rob Hollister.

CAPÍTULO VIII

El silencio en la calle era absoluto. Había humedad y el asfalto brillaba melancólicamente.

De pronto, se oyó a lo lejos el tenue rumor de un coche que se acercaba lentamente. Las ruedas siseaban al voltear sobre el asfalto mojado.

El coche se detuvo de pronto. Se abrió una portezuela y un individuo saltó al suelo, con un objeto en la mano.

Pete Garth echó hacia atrás el brazo, con el que sostenía la botella de líquido inflamable. De repente, oyó un ligero chasquido.

Algo golpeó dolorosamente su antebrazo. La mano perdió de repente todas sus fuerzas y la botella, tras golpearle en el hombro, cayó al suelo.

Se oyó un ruido de vidrios rotos. Una enorme llamarada surgió en el acto. Garth lanzó un chillido.

Loco de terror, intentó meterse en el coche, sin darse cuenta de que sus ropas ardían. Eall gritó también.

El fuego se propagó a las ropas de Eall. Casi maquinalmente, Eall pisó el acelerador y el automóvil arrancó de un salto. Pero había perdido el dominio de sí mismo y el coche fue a estrellarse contra una farola.

Los dos sujetos, lanzando horrorosos aullidos, saltaron al suelo, revolcándose sobre sí mismos, para apagar las llamas. Dentro del coche también había fuego.

Alguien oyó el estruendo del choque y los gritos y se asomó a la ventana, súbitamente despertado por aquel insólito jaleo. Vio lo que sucedía y corrió a llamar a la policía.

Parte del líquido inflamable, ya en llamas, había saltado sobre el coche, que ardía igualmente por otros puntos. Garth vio que el

fuego se había apagado en sus ropajes y se puso en pie.

—Corre, Ryle —gritó.

Eall se levantó, no sin dificultades, con el pelo y las cejas completamente quemados. Las ropas se les caían a jirones.

Se oyó una sirena policial. Aturdidos, los dos hampones echaron a correr, sin saber siquiera la dirección que tomaban.

En aquel momento, un coche de la ronda nocturna desembocaba en la calle, virando sobre dos ruedas. El conductor vio a Eall a dos pasos y pisó el freno, pero ya era tarde.

Se oyó un ruido espantoso. Eall voló unos cuantos metros, resbaló sobre el asfalto y quedó inmóvil.

El conductor del coche policial consiguió frenar. En el mismo instante, explotaba el tanque de combustible del auto de los dos hampones.

Una enorme llamarada iluminó la noche. Garth, cojeando, con el dolor de las quemaduras sobre el cuerpo, consiguió ganar un callejón oscuro, en el que esperaba hallar la salvación.

Entonces, algo duro cayó sobre su cráneo. Garth perdió el sentido instantáneamente.

Carpenter se alejó en silencio. Con la mano izquierda, palpó el revólver que llevaba bajo la chaqueta, provisto del correspondiente silenciador.

—Te has portado bien, muchacho —sonrió.

A Garth lo encontrarían poco más tarde, cuando los policías empezasen a registrar los alrededores del suceso. «Alguien le haría muchas preguntas acerca de sus quemaduras y las de sus ropas», pensó Carpenter, mientras se alejaba en busca de un bien ganado descanso.

* * *

El teléfono le despertó más pronto de lo que esperaba. Alargó la mano, bostezando, pero se despabiló inmediatamente al reconocer la voz del comunicante.

—Hola, Sin Miedo.

—Buenos días, *Miss X*.

—No madruga usted mucho. Menos que yo y no tiene que trabajar hasta altas horas de la noche.

—Tuve trabajo —se disculpó Carpenter.

—Tal vez relacionado con el suceso de esta madrugada. El *Citizen* ha lanzado una edición especial.

—¿Lo tiene a mano, *Miss X*?

—Por supuesto. ¿Quiere que le lea lo más importante?

—Sí, por favor.

Carpenter escuchó atentamente durante algunos minutos. Cuando Lois terminó, dijo:

—Hay algunas inexactitudes, pero, en general, el relato es correcto.

—Murió un tipo llamado Eall.

—Sí. Era otro de los que viven de la violencia.

—Y han encontrado a un tal Pete Garth, con algunas quemaduras y las ropas casi destruidas por el fuego.

—Pudo escapar de la policía, pero no de la culata de mi revólver.

—Creo que entiendo. Walt, ¿sabía usted que iban a atacar el local? —preguntó Lois.

—Me lo imaginé. Logré evitar un robo durante el día, pero supuse que alguien trataría de desquitarse, para dar una lección a su dueño.

—Y se apostó en las inmediaciones.

—Exacto.

—Cuénteme con más detalles, Walt.

—Por teléfono, no. Lo siento. *Miss X*.

—Comprendo. He sido una indiscreta.

—No se preocupe. ¿Cuándo podré verla?

—No lo sé. No convendría que nos vieran juntos, me parece.

—Sí, tiene usted razón. Pero ¿no dijo que quería comprar la casa de Hollister?

Lois se echó a reír.

—El lunes es mi día libre —manifestó—. ¿Qué le parecería una excursión allí?

—A mí, muy bien. No sé si usted recordará lo que pasó.

—Trataré de no pensar en ello, Walt.

—De acuerdo. Ah, una cosa, *Miss X*.

—Dígame, Walt.

—¿Por qué..., emplea usted el fonendoscopio?

—¿Le importa que siga reservándome los motivos?

—Está bien. Otro día será. Gracias, *Miss X*.

—Hasta la vista, Sin Miedo.

Carpenter colgó el teléfono. Saltó de la cama y corrió hacia la ducha.

¿Qué tenía Lois que la hacía ser tan diferente a Diana Bluther?, se preguntó.

* * *

El hombre que estaba sentado en un taburete, bebiendo apaciblemente un doble de *whisky* con hielo, se sobresaltó al oír la voz que sonaba a su lado:

—¿Qué tal, Dude?

Wrokinski volvió la cabeza y masculló una imprecación.

—¿Por qué no me deja en paz? —Gruñó.

—¿Yo? —Carpenter se echó a reír—. Mozo, un escocés. Solo y sin hielo, ni agua, ni cosas raras.

—Mejor debía pedir un vaso de agua con limón —rezongó Wrokinski.

—Eso queda para la noche. Ahora son las siete de la tarde. Tomo el aperitivo, simplemente.

El barman colocó la bebida ante Carpenter.

—¿Has ido al entierro de Jack? —preguntó.

—Me gustaría saber lo que pasó allá —dijo Wrokinski.

—Es bien sencillo. Foran se llevó a Dillon para pegarle dos tiros. Lo que sucede es que Dillon se olió el asunto y disparó también. No sé quién te pegará a ti otros dos tiros, pero acabarán haciéndolo.

—¿Por qué iban a matarme, teniente?

—Muy sencillo. Caysel cayó a la calle, empujado por ti y por Dillon. Caysel tenía que morir para que no habíase. Dillon ha muerto también. Tú estás en la lista negra, con el primer número.

—Maldición, no pueden hacerme una cosa semejante...

Carpenter soltó una risita.

—Caysel también debía de decir algo parecido y ya ves, se cayó desde un décimo piso. Y eso que lo de Caysel era de mucha menor importancia que lo tuyo.

Wrokinski, evidentemente impresionado, entornó los ojos.

—¿Por qué lo hicieron? —preguntó.

—Caysel solo había robado una cartera. Tú interviniste en un asesinato, como Dillon.

El hampón despachó su vaso de un trago.

—No dejaré que me liquiden —rezongó—. Antes...

—Antes, ¿qué, Dude?

—Alguien lo pagará caro, se lo aseguro.

—¿Quién es ese alguien?

—Léalo mañana en la sección de sucesos.

Wrokinski abandonó súbitamente el taburete. Carpenter continuó en el suyo, consumiendo el *whisky* a pequeños sorbitos.

Sonrió para sí. Su plan estaba desarrollándose tal como lo había previsto.

Pero todavía había algo que le preocupaba.

¿Por qué había olvidado Diana su pitillera en la cabaña de Rob?

* * *

El fonendoscopio se pegó a la pared. Lois escuchó con toda atención.

—Pasado mañana llegarán mis dos amigos —dijo Mac Thomas—. No se preocupe, Hal Gannon y Keith Canary son chicos discretos y efectivos. Benjy Martin les «marcará» el objetivo... No, no, repito que no debe preocuparse; Gannon y Keith llegarán por la ruta secundaria número veintisiete, antes del mediodía. Saben lo que se hacen, se lo aseguro; su aspecto es corriente y nadie se fijará en ellos. El asunto quedará liquidado antes de la noche, puedo garantizárselo.

Lois sintió un vivísimo estremecimiento. Carpenter podía morir antes de veinticuatro horas.

Mac Thomas dejó de hablar. Lois iba a retirarse ya, cuando oyó otra voz en el despacho:

—Hola, jefe.

—Dude, ¿quién te ha dado permiso para entrar? —preguntó Mac Thomas.

—No se preocupe de las ceremonias —contestó Wrokinski—. Sólo he venido a decirle una cosa.

—Abrevia, Dude; tengo trabajo.

—Sí, seré breve. Lo único que quiero decirle es que no me pasará lo que les pasó a Caysel y a Dillon.

—¿Qué estás diciendo, loco? —gritó Mac Thomas.

—He sido un tonto al trabajar para usted. Debí figurarme que, en cuanto les hiciese un par de faenas sucias, me quitarían de en medio. Pero está muy equivocado.

Mac Thomas se alarmó. Presintió lo que iba a suceder y echó mano al revólver que tenía en un cajón, al alcance de su mano.

Wrokinski disparó primero, pero Mac Thomas se ladeó a su derecha y la bala atravesó el respaldo del sillón. Antes de que el otro pudiera rectificar su puntería, Mac Thomas disparó cuatro veces.

El pistolero se desplomó. Lois, horrorizada, contuvo sus nervios lo suficiente para tapar el agujero y guardar el fonendoscopio.

Mac Thomas maldijo largamente. Cuando se hubo recuperado, tocó un timbre.

Un hombre entró y pegó un salto al ver a Wrokinski caído en el suelo.

—Jefe, ¿qué...?

—No hagas preguntas —masculló Mac Thomas—. Ese imbécil pretendió liquidarme. Mira mi sillón; si no ando listo, me llena el cuerpo de plomo.

Benjy Martin silbó.

—Y ahora, ¿qué hacemos con ese fiambre? —preguntó.

—Yo te lo diré enseguida, Benjy. Lo primero de todo es evitar que nadie entre aquí. Anda, llama a Roy Dazin.

—Está bien.

Martin salió. Lois, algo más recobrada, se dijo que debía seguir escuchando. ¿Qué sucedería a continuación?

CAPÍTULO IX

El teléfono sonó bruscamente. Carpenter lo agarró casi con ansia.

—Walt, creo que ha muerto un tipo llamado Wrokinski.

—¿Tan pronto?

—¿Cómo? ¿Sabía usted que...?

—No se preocupe ahora. Dígame, ¿qué ha ocurrido?

—Dos tipos se lo llevarán luego en un coche. Martin y Dazin.

—Dos perfectos granujas, *Miss X*. Bueno, gracias por todo; voy a ver si consigo sorprenderles.

—Tenga cuidado, Walt. Además, tengo otra valiosa información para usted..., pero ya le hablaré mañana.

—De acuerdo.

Carpenter saltó de la cama y se vistió a toda prisa. Cinco minutos más tarde, hacía arrancar su coche, con el que llegó a las inmediaciones del Galaxy veinte minutos más tarde.

Estacionó el vehículo en un lugar oscuro. Poco después, vio arrancar a otro vehículo, conducido por un solo individuo.

—Para la tarea, con uno basta —murmuró.

Dejó que pasara el coche delante del suyo. Escondido en las sombras de la noche, pudo ver la matrícula del automóvil conducido por Dazin.

Un minuto más tarde, llamaba a la Jefatura de Policía.

Se marchó de allí antes de que localizasen el lugar de la llamada. Estaba seguro de que sería atendida.

A los quince minutos, un motorista de la policía hizo señales a Dazin para que detuviese el vehículo. Dazin, disgustado, pero no alarmado, obedeció disciplinadamente.

El motorista se apeó.

—Su documentación, por favor —pidió.

—Está toda en regla —contestó Dazin, a la vez que alargaba la billetera.

De repente, Dazin oyó pasos rápidos en las inmediaciones. El motorista saltó a un lado.

Alguien gritó:

—¡Levante las manos, Dazin! ¡Sabemos que lleva un cadáver en el maletero del coche!

Dazin se volvió loco de rabia. Sí, Wrokinski estaba en el portaequipajes.

Y tenía cuatro balazos en el pecho. El automóvil era suyo; no podría demostrar que le habían ordenado arrojar el cadáver en algún lugar solitario.

De pronto, abrió la puerta y saltó, empuñando la pistola. Tres o cuatro revólveres de reglamento convergieron el fuego sobre él.

Dazin lanzó un aullido de lobo rabioso. Disparó una vez, pero la bala sólo hizo una pequeña señal en el asfalto, a sus pies.

Un agente se acercó al coche y levantó la tapa del maletero.

—La información era exacta, sargento Daniels —exclamó.

* * *

—¿Qué estás haciendo, Walt? ¿Te has convertido en un organizador de terremotos?

—¿Por qué me lo preguntas, Diana?

—Bueno, tenemos información abundante...

—Es lo que debe buscar todo director de periódico, aunque sea mujer, joven y hermosa, ¿verdad?

—No me halagues, Walt. Juraría que eres tú el que ha organizado todo este asunto.

—No sé nada, preciosa. Sólo sé lo que dice tu diario.

—La policía recibió un «soplo». Dazin llevaba en el maletero de su coche el cadáver de un tipo llamado Wrokinski, con cuatro balas en el pecho. En lugar de obedecer, Dazin se resistió al arresto.

—Sí, lo he leído.

—Walt, ¿te das cuenta de que estás desmantelando la organización de Hayes?

—Hayes fue el hombre que dio la orden de asesinar a tu esposo. Y a Rob Hollister.

—No lo he olvidado, Walt.

—Me alegro por ti, Diana. Pero algunas de las cosas que hago ahora, las tenía prohibidas cuando era miembro de la policía.

—Creo que te comprendo —dijo ella.

—Lo celebro. De todas formas, debes saber que, aparte de Spadino, no he matado a nadie más. Y lo hice en defensa propia.

—Sí, lo sé, Walt, ¿tuviste algo que ver con el frustrado incendio de la tienda de Hank Lyers?

—Psé... Por casualidad, pasaba por allí...

—Debes de tener una buena fuente de información, me parece —comentó.

—Tengo ojos que ven, oídos que oyen y cerebro que recibe la información, la clasifica, la almacena y luego toma las decisiones pertinentes en su caso.

—So computadora —le apostrofó Diana cariñosamente—. ¿Cuándo aceptarás otra invitación para cenar en mi casa?

—No lo sé. Te llamaré un día de éstos, pero con una condición.

—Dime, Walt.

—Piensa que vamos a cenar dos y no cuatro, como la otra noche. Tuve que comerme las raciones de tres.

—Temes engordar, ¿eh?

—Temo a la úlcera de estómago. Adiós, hermosa.

—Hasta la vista, Sin Miedo.

Carpenter dejó el teléfono en la horquilla. ¿Por qué no mencionaba todavía el tema de la pitillera?

De pronto, se le ocurrió una idea.

Muy divertido, buscó su agenda, consultó un número de teléfono y lo marcó acto seguido.

—Oficina del señor *Cross* —dijo una voz femenina.

Carpenter oyó unos cuantos «clicks». Una voz de hombre sonó en sus oídos.

Carpenter dijo:

—Ésta es la compañía de seguros Sin Miedo. No tememos a asegurar a nuestros clientes, aun en las condiciones más adversas. ¿Le interesaría a usted un seguro contra comerciantes que no quieren inscribirse en la compañía *Cross*?

Sonó una horrible maldición.

—¡Váyase al diablo, Carpenter! —gritó *Cross*.

El joven se echó a reír.

—¿Dónde están los archivos secretos de su compañía? ¿Los tiene seguros? ¿No se le quemarán algún día?

Cross maldijo hasta que se le agotó la respiración. Carpenter aguardó pacientemente hasta que el sujeto terminó su colección de invectivas.

—Está bien, amigo Cross; siento interrumpir esta comunicación. Mis sanos principios me impiden seguir escuchando un lenguaje tan inapropiado para hablar entre colegas. Porque usted y yo somos colegas, ¿verdad? Ambos evitamos los incendios, los daños y siniestros...

Carpenter rió de nuevo. Pero después empezó a pensar que no tendría otro remedio que invitar a cenar a la secretaria de Cross.

Debía hacerlo. Y fue fiel a su palabra, pero ignoraba que el Berry's era un local al que Lois acudía con cierta regularidad. El no vio a la cantante, pero Lois sí le vio.

Se lo dijo a la madrugada.

—Mañana es el día que han de venir esos dos tipos —exclamó, furiosa—. ¿Todo lo que se le ocurre, en vísperas de un grave peligro, es irse a cenar con una chica que no tiene más que serrín debajo de su pelo teñido?

—Ah, pero ¿me ha visto, Miss X?

—Claro que le he visto, sátiro. Lo que me extraña es que esa rubia tonta y estúpida haya salido entera del restaurante. ¡Se la comía con los ojos!

—Quizá por eso no la vi a usted.

—Exactamente. Pero ya no le avisaré más...

—Lois, los celos no son precisamente lo que le conviene para tener la mente despejada y serena.

—¡Yo no tengo celos, porque no estoy enamorada de usted! ¿Qué se había figurado?

—Justamente lo que ha dicho; que está enamorada de mí.

—Tipo fresco. Walt, anulada la excursión del lunes.

—Está bien. De todas formas, la haré yo solo.

Esta vez fue él quien colgó antes el teléfono. Lois se quedó muy sorprendida de aquella respuesta.

Perpleja y desconcertada, salió de la cabina telefónica. ¿Por qué

tenía Walt tanto interés en ir a la cabaña de Hollister?

* * *

El coche rodaba a marcha moderada por el camino secundario, cuando, de pronto, sonó un disparo.

Los viajeros oyeron solamente el estampido de la rueda deshinchada súbitamente. Keith Canary se agarró con fuerza al volante, aplicó el freno y, al fin, consiguió dominar el vehículo.

Instantáneamente, se apeó. Hal Gannon lo hizo por el otro lado.

Sonó un disparo. El sombrero de fieltro de Gannon voló por los aires.

—Será mejor que levanten las manos —dijo alguien, escondido tras unos arbustos—. Tengo la puntería de un *cow-boy*

de película y puedo hacerles la raya en el pelo por el lado que gusten, sin que salte una sola gota de sangre.

Los pistoleros obedecieron instantáneamente. Carpenter, vestido con una cazadora, pantalones fuertes y botas de media caña, apareció ante sus ojos.

Canary se fijó en el revólver de cañón extralargo, con culatín de hierro, que llevaba el desconocido.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Su presunta víctima, caballeros —sonrió Carpenter—. Estoy hablando con los señores Canary y Gannon, supongo.

—Sí —rezongó el segundo.

Carpenter se situó frente a ellos.

—Saquen las armas y tírenlas al suelo —ordenó.

Dos enormes pistolones cayeron sobre el camino polvoriento.

—Ahora, quítense las chaquetas.

Los pistoleros obedecieron. Gannon llevaba a la cintura la funda de una navaja de resorte, de considerables dimensiones. Canary usaba, además un pequeño revólver.

—Caballeros, les recomiendo que miren a su izquierda, sí, allí, entre aquellos arbustos —dijo Carpenter—. Verán un rifle; es mi hermano menor, con una puntería todavía mejor que la mía. El sí es un auténtico vaquero y le gusta mucho parecerse a los del cine.

Los pistoleros parecían abrumados. Ahora, tranquilamente,

Carpenter les registró, desposeyéndoles del resto del armamento y de unos cientos de billetes.

—Pónganse las chaquetas y cambien la rueda —ordenó al terminar.

Bramando de furia impotente, Gannon y Canary obedecieron sin rechistar. Media hora después, el coche estaba en condiciones de seguir rodando.

—Muy bien, y ahora les diré algo muy interesante —habló Carpenter—. Ustedes fueron contratados para asesinar a mí. Benjy Martin tenía que «marcar» la pieza, pero no ocurrirá nada de lo planeado.

Carpenter puso un billete de diez dólares a cada uno de los dos pistoleros en el bolsillo superior de las respectivas chaquetas.

—Proceden de Kansas City —continuó—. Vuélvanse allí, pero no se acerquen jamás a Hattonville. Si lo hacen, morirán antes de que tengan tiempo de saber lo que les ha ocurrido. Y, créanme, la próxima vez no habrá avisos preliminares ni misericordia. ¡Vamos, lárguense!

Gannon y Canary, sintiéndose derrotados, subieron al coche y se marcharon. Al cabo de unos minutos, Carpenter subió hasta la loma y recogió el rifle.

Silbando, se alejó hasta otro camino, donde tenía su coche escondido. Unos minutos después, emprendía su marcha en dirección a la ciudad.

Eran las dos de la tarde. No tardó en descubrir a Benjy Martin, espiando la casa donde vivía.

Martin tenía los ojos fijos en el edificio. Por eso no se dio cuenta de que Carpenter estaba a su lado, hasta que sintió un violento empujón en el hombro que lo lanzó hacia adelante, justo en el mismo instante, en que un enorme autobús surgía a toda velocidad.

Martin se vio bajo las ruedas del vehículo, pero en el mismo momento, una fuerte mano le retuvo por el brazo y tiró de él hacia atrás. El autobús pasó junto a la acera, resoplando como un monstruo mítico.

—Cuidado, caballero —dijo una voz junto al oído de Martin—. Si no llega a ser por mí, ese autobús le atropella.

Martin se volvió. Su rostro se volvió ceniciento al reconocer a Carpenter.

—Usted... —dijo.

—Sí —contestó—, y si yo fuese otro, ahora no serías más que un montón de carne que se tendría que recoger con una pala.

—Suélteme, teniente; usted no tiene derecho...

—Aguarda, idiota. Tú estás esperando a dos tipos llamados Canary y Gannon, ¿no es así?

La cara de Martin se puso del color de la nieve.

—Yo... no los he oído nombrar en mi vida...

—Eres un mal embustero —rió Carpenter—. Tu misión es marcar la pieza para que los cazadores disparen. Bueno, la pieza ha salido al encuentro de los cazadores.

—No le creo —gruñó el pistolero.

Carpenter le enseñó una navaja de resorte, en cuyo mango y de una manera un tanto burda se habían grabado dos iniciales.

—Pertenece a Hal Gannon. En mi coche tengo dos pistolas y un revólver, que les he quitado. Lejos de Hattonville, por supuesto, así que si pensabas seguirme cuando saliera, puedes irte, porque, precisamente, lo que voy a hacer es entrar en casa y no salir en el resto del día. A propósito, ¿quién les cubría la retirada?

—Chick Too...

Carpenter se echó a reír al observar que Martin se interrumpía súbitamente, tras haber iniciado la respuesta de un modo puramente instintivo.

—Toovey, completa el apellido, hombre —dijo—. Bueno, puedes ir y avisarle que ya no necesita que aguarde con otro coche distinto al que debían usar los «torpedos».

Miró al sujeto despectivamente, de pies a cabeza y concluyó:

—Los «torpedos» se han quedado sin pólvora. Y si tú quieres seguir viviendo mucho tiempo, harás bien en irte de la ciudad. Piensa en Caysel y en Dillon y en Wrokinski... Cada vez que uno de vosotros ejecuta una faena importante, alguien le cierra la boca. ¿Tienes ganas de ir a hacerles compañía al infierno?

Carpenter se alejó para cruzar la calle. Martin tenía la boca abierta de par en par, pero no salía ningún sonido de su garganta.

CAPÍTULO X

Sonó el timbre del teléfono. Mac Thomas alargó la mano y levantó el auricular, pronunciando su nombre acto seguido.

—Soy Canary —dijo alguien, al otro lado del hilo.

—¡Keith! Pero ¿qué diablos haces...? ¿Cómo se te ocurre usar el teléfono?

—Es que estoy en Fort Smith, Arkansas, bueno, en las afueras de la población...

—¡Pero eso está a sesenta millas de Hattonville!

—Ya lo sé. Mi amigo Hal y yo nos volvemos a Kansas City. Hemos renunciado al trabajo.

—¿Por qué? —rugió Mac Thomas—. ¿Es que... el sueldo no era bueno?

—El sueldo era estupendo, pero el tipo que nos salió al camino no era tan estupendo. Además, le ayudaba su hermano...

—Keith, no tengo la menor idea de lo que me estás diciendo —exclamó Mac, Thomas, sumido en el más completo desconcierto.

—Es bien sencillo. Se llama Carpenter y a mi amigo Hal le voló el sombrero de un tiro. Nos quitó las herramientas y el dinero, y gracias que nos dejó diez dólares a cada uno.

—Erais dos contra uno...

—Y su hermano, en una loma cercana, tras unos matorrales, apuntándonos con un «Winchester».

—¡Imbécil! —rugió Mac Thomas, en el paroxismo de la cólera—. Carpenter no tiene ningún hermano.

Canary se quedó perplejo un instante, pero reaccionó enseguida.

—Es igual. Con hermano o sin hermano, no queremos el trabajo —dijo.

—Vaya, os ha metido el miedo en el cuerpo, ¿eh?

—Mac, Hal y yo trabajamos con el máximo de garantías, pero nadie nos habló de que íbamos a la guerra, usted ya me entiende. Así que nos hemos vuelto y... Bueno, busque a otros; con nosotros, usted ya ha acabado.

La puerta del despacho se abrió bruscamente. Martin y Toovey entraron sin llamar.

—Carpenter lo sabe —dijo Martin.

—Sabe, ¿qué?

—Sabía que yo tenía que «marcar» la pieza. Me buscó, me encontró delante de su casa y se burló de mí, haciéndome quedar como un idiota. Incluso me dijo que hay dos tipos que ya no vendrán a Hattonville. Pero ¿qué diablos es lo que pasa aquí? ¿Se puede saber? —gritó Martin coléricamente.

—Ca... Carpenter es muy listo... —tartamudeó Mac Thomas.

—Y alguien, aquí, se quiere pasar de listo, pero no con nosotros. Oiga, Mac...

—¡Señor Mac Thomas! —corrigió, furioso, el gerente del Galaxy.

—¡Señor Mac Thomas, un cuerno! —gritó Martin, no menos furioso—. Aquí está pasando algo sucio y ni Chick ni yo queremos pagar las consecuencias. No queremos que nos suceda como a Caysel o como a Dillon o a Wrokinski o a Dazin. Les hicieron unos trabajos buenos y, ¿qué recibieron como recompensa? Una sarta de tiros en el cuerpo, ¿verdad? Chick y yo hemos acordado que a nosotros no nos harán lo mismo.

—Benjy tiene razón —dijo Toovey con voz lúgubre—. El tenía que «marcar» la pieza y yo debía proporcionarles el coche para la retirada. ¿Y luego? Luego, para que no abriésemos la boca, nos habrían volado el cráneo.

—Exacto —añadió Martin—. Bueno, ahora ya lo sabe, Mac; Chick y yo... dimitimos.

—Váyase al infierno —dijo Toovey, a la vez que se encaminaba hacia la puerta, en unión de su compinche.

Mac Thomas se quedó solo, estupefacto, sin saber muy bien lo que había sucedido.

Una cosa era cierta: La «caza» de Carpenter había resultado un absoluto fracaso.

El coche se detuvo y Carpenter saltó al suelo. Lois lo hizo por el otro lado.

La muchacha inspiró profundamente, a pleno pulmón. Había olor de flores silvestres en la atmósfera. Sobre la hierba, abundante y espesa, se veían numerosas manchitas de todos los colores.

Carpenter agarró la cestita y la contempló sonriendo. Lois se había puesto un pañuelo de color azul claro, para sujetarse el pelo, y vestía blusa amarilla y falda muy corta, de color café. El conjunto, con las sandalias también amarillas, resultaba encantador.

De pronto, ella se dio cuenta de la observación de que era objeto y se volvió hacia el joven.

—¿Qué mira? —preguntó sonriendo.

—A usted, si no está prohibido y si se le ha pasado ya el enfado —contestó él.

—Hombre, no voy a estar enfadada toda la vida. Pero mira que ir a cenar con aquella rubia con cara de muñeca infantil...

—Me dio buenos informes —mintió él—. Yo no quería, pero no tuve otro remedio.

—Ya —dijo Lois con sarcasmo—. Se resignó.

—¿Por qué no lo dejamos a un lado? Eso pasó el viernes, ¿me parece? Oiga, mi madre me ha preparado una merienda muy buena, con bocadillos que son su especialidad. Podemos ir a la orilla del arroyo.

—No es mala idea. De paso, comprobaré las habilidades culinarias de la señora Carpenter.

Echaron a andar. A los pocos pasos, Carpenter dijo:

—He podido darme cuenta de que le gusta el lugar. ¿Piensa comprarlo?

—Si el precio es adecuado a mis posibilidades, sí, me gustaría —admitió Lois.

—Está bien, le pondré en contacto con un agente de ventas.

—Y a usted, ¿no se le ha ocurrido comprar la cabaña?

—Yo ya tengo la granja donde está mi madre. También es un sitio muy bonito. Creo que un día me retiraré allí, a trabajar la tierra y a cuidar de los caballos, vacas, cerdos y gallinas que tenemos. Ah, también hay palomas —sonrió Carpenter.

—Me gustaría conocer su granja, aunque, viéndole a usted, no se sospecha siquiera su afición por la agricultura.

—Me he desilusionado mucho después de lo que le ocurrió a Hollister.

—Pero su carrera en la policía era buena, Walt.

—Mientras las cosas sigan como hasta ahora, dudo mucho que se me ocurra reingresar. En cuanto haya solucionado este problema, volveré a la granja. Necesita la dirección de un hombre. Yo ayudaba mucho, pero mis estancias no podían ser muy frecuentes.

Ya habían llegado al arroyo. Lois se hizo cargo de la cesta.

—Déjeme, yo lo prepararé todo. Y mientras tanto, vaya diciéndome si ha encontrado alguna pista más.

—No. ¿Y usted?

—Tampoco. Registré a fondo la cabaña de Hollister, pero no encontré nada. Claro que usted dice que él tenía una memoria de elefante.

—Por supuesto, pero, a pesar de ello, debía de anotar sus investigaciones en alguna parte. Por muy buena que sea la memoria, se corre el riesgo de un fallo inoportuno.

—¿Cree que consiguió pruebas?

—Por lo menos, debió de establecer la relación suficiente entre numerosos hechos que, aparentemente, no tienen conexión entre sí. Una agenda, con todos los datos al respecto, resultaría Utilísima.

Lois se había arrodillado sobre la hierba y, sentada sobre los talones, preparaba la merienda.

—¿No tenía otros amigos? —preguntó.

—Ninguno como para confiarle sus investigaciones. Ni siquiera a mí me decía nada, aunque sí insinuó sus constantes progresos sobre el asunto.

—¿Era soltero?

—Sí.

—Lástima. Si hubiera sido casado, ahora habría una mujer que podría habernos dado alguna pista.

Carpenter se quedó parado, con el primer bocadillo en camino hacia su boca.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lois, extrañada, al observar su actitud.

—Acaba de mencionar a una mujer...

—Sólo la posibilidad, Walt.

—Pero hubo una mujer que estuvo en la cabaña, Lois.

—¿La conoce usted?

Carpenter asintió.

—Debía de colaborar con él. A su esposo también le asesinaron los sicarios de Hayes —dijo.

—No lo sabía —manifestó ella—. ¿Cree que le dijo algo de interés?

—Probablemente.

—En ese caso, ¿por qué no va a verla?

—¿Tengo su permiso?

Lois entornó los párpados.

—Es una viuda joven y guapa —adivinó.

—Sí. A lo mejor, sólo quería consolarse con Hollister. Rob era también un tipo muy atractivo para las mujeres. Y a ella, quizá, no le convenía que la viesen junto a Hollister.

—Hubiera padecido su reputación, ¿no es cierto?

—Tal vez.

—Pero bien pudo ocurrir que si Hollister y esa viudita se querían, ella hubiese llegado a saber algo de importancia. Le aconsejo que vaya a visitarla.

—¿Sin celos? —sonrió Carpenter.

—No sea tonto. Lo que interesa cuanto antes es...

—¿Por qué no sigue? —preguntó él.

—Usted me ha preguntado más de una vez por qué espiaba yo el despacho de Mac Thomas —dijo Lois.

—Sí, y nunca ha querido contestarme, pero ya me lo dirá algún día.

—Ahora. Hayes hizo asesinar a mi padre.

Carpenter silbó.

—No recuerdo ningún apellido Marston entre los de sus víctimas —dijo.

—Mi padre se apellidaba Marvton. Yo he alterado ligeramente el apellido —explicó la joven.

—Entiendo. ¿Qué hubo entre Hayes y el señor Marvton?

—Dinero. Cien mil. El botín del asalto a un Banco. Mi padre y Hayes planearon el robo, pero mi padre no sólo no recibió un centavo, sino que fue a parar a la cárcel. Eso ocurrió hace quince años; yo tenía nueve entonces y veintidós cuando mi padre fue puesto en libertad. A los diez minutos de haber salido de la

penitenciaria, lo mataron a tiros.

—Hayes temía que habíase, ¿eh?

—Mi padre era el cajero. Fue un hombre débil, lo admito, aunque comprendo que lo condenaran. Claro que eso no hubiera sucedido, si Hayes no lo hubiese delatado.

—Seguramente, lo hizo para no compartir el botín.

—Exactamente.

—Pero ¿no delató él a su cómplice, esto es a Hayes?

—Hace quince años, Hayes usaba otro nombre y tenía veinte kilos menos de peso y la cabeza llena de pelo.

—Entiendo. Lo buscaron, pero no lo encontraron.

—No. Mi padre, sin embargo, en los últimos meses de su condena, me dio preciosas indicaciones. El deseaba vengarse de Hayes, pero no lo consiguió.

—Lois —dijo Carpenter—, lo que está haciendo usted es peligroso. Hayes puede relacionar el apellido Marston con Marvton.

—No. Hayes podía saber que éramos tres hermanas. Dos se casaron hace tiempo y viven muy lejos de aquí, desentendidas por completo de este asunto.

—En lo cual hacen bien, Lois.

—Hayes ha vivido libre, mientras mi padre pasaba un infierno durante trece años de su vida —dijo.

—La venganza resulta menos placentera de lo que se cree —dijo.

—Entonces, ¿por qué combate usted a Hayes?

—No lo hago por venganza, cosa que no volvería a la vida a Hollister. Lo hago para que no mueran más seres inocentes, sacrificados a su ansia de poder... si es que se puede llamar así a lo que no es sino una codicia infinita.

Lois asintió, impresionada por las palabras del joven.

—Sí, ahora creo que le comprendo, Walt —dijo.

Al atardecer, emprendieron el regreso por caminos que sabían no serían vigilados por los esbirros de Hayes. Lois había alquilado un coche en la ciudad, el cual había dejado luego en las inmediaciones de la granja. Así pudo volver sola a Hattonville, con lo que evitaba ser vista en la comprometedor compañía de Carpenter.

CAPÍTULO XI

La reunión tenía lugar en una discreta habitación, donde solamente estaban tres hombres.

Lear Hayes presidía la reunión. Los otros dos asistentes eran *Cross* y *Mac Thomas*, y delante de Hayes parecían chiquillos reprendidos por el maestro.

—Nada está saliendo bien —gritaba Hayes—. Desde que ese condenado *Carpenter* se metió a fondo en el asunto, no hemos hecho sino sufrir tropezones. ¿Qué diablos hacen ustedes? ¿Mirarse el ombligo?

—A mí me dio un susto terrible —confesó *Cross*—, pero no por ello pensaba dejar el negocio. La prueba es que envié a dos de mis mejores muchachos...

—Sí —cortó Hayes, sarcástico—. *Eall* murió y *Garth* fue a parar al hospital...

—Sus quemaduras fueron leves. Además, puse la fianza. Estará listo dentro de un par de días. Y, créame, está rabiando de gana por ajustar las cuentas con *Carpenter*.

—Y usted, *Mac*, ¿qué dice? —preguntó Hayes.

—He cometido algunos errores, lo admito —declaró el interpelado—. Pero no todos me son imputables. *Carpenter* supo enseguida que *Caysel* era el causante del retraso que le impidió salvar a *Hollister*. Tuve que eliminarlo.

—¿Y después?

—*Carpenter* es un tipo muy astuto. Consiguió intimidar a los chicos, pero, sobre todo, a *Wrokinski*. Si no ando listo, me llena la barriga de plomo.

—*Wrokinski* está muerto, no merece la pena hablar de él —rezongó Hayes.

—En cierto modo —corrigió Mac Thomas—. ¿Cómo supo Carpenter que Dazin llevaba su cuerpo en el maletero del coche?

Hayes se quedó parado.

—¿Qué es lo que quiere decir, Mac? —exclamó, irritado.

—Carpenter salió al encuentro de Gannon y Canary y les hizo volverse. Ha metido el miedo en el cuerpo a Benjy y a Toovey, de tal modo, que se marcharon y no han vuelto a ser vistos. ¿Cómo lo hizo?

—Información —dijo Cross escuetamente.

Mac Thomas se volvió hacia el que acababa de hablar.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Es bien sencillo. Carpenter está informado del menor de nuestros pasos. Por tanto, alguien nos traiciona.

—¡Eso no puede ser...!

Mac Thomas se calló enseguida.

—Quizá Cross tenga razón —apuntó Hayes.

—Es cierto —murmuró Mac Thomas—. Gannon y Canary venían por una ruta nada concurrida. Nadie sino ellos y yo lo sabíamos.

—Y el confidente de Carpenter —insistió Cross.

—Alguien le informa de lo que yo digo —admitió Mac Thomas pensativamente—. Pero no es posible...

—Con micrófonos ocultos en la habitación, todo es posible —rezongó Hayes de malísimo humor, mientras llenaba las copas de nuevo.

—Haré revisar mi despacho —prometió Mac Thomas.

—Cuanto antes —dijo Hayes—. Pero, de todas formas, es preciso quitar a Carpenter de la circulación. Mientras él esté vivo, no dormiremos tranquilos.

—¿Ha encontrado algo comprometedor? —preguntó Cross.

—No, o ya habría saltado todo por los aires.

—Pues Hollister sí debió encontrar pruebas. Lo que sucede es que las escondió en alguna parte y no ha aparecido aún.

—Carpenter puede encontrarlas. A mí se me ponen los pelos de punta cada vez que lo pienso —declaró Mac Thomas.

—Quítelo de en medio y podrá peinarse —dijo Hayes cáusticamente—. ¿Es que no le queda gente fiel?

—Haldeman. El único, aunque está muy escamado por lo que ha sucedido.

—Yo tengo a Garth —añadió *Cross*.

—Estará listo dentro de un par de días. La cosa costará dinero. Sin embargo, cinco mil a cada uno para que hagan desaparecer a Carpenter de modo que no lo encuentren jamás. Y que se vayan de Hattonville para siempre. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó Mac Thomas pesadamente.

—No se olvide de revisar su despacho, Mac.

Cross y Mac Thomas salieron. Hayes permaneció en la ventana, hasta que vio alejarse los dos coches.

Entonces se acercó a una de las cortinas y la descorrió de golpe.

—¿Lo has oído todo? —preguntó.

—Sí —respondió Diana Bluther.

—¿Y...?

—Carpenter está dispuesto a haceros la vida imposible, Lear.

—Lo sé. No puedo consentirlo.

—No me gusta la idea de que muera...

—Te guste o no, tendrás que aceptarlo. Es demasiado peligroso.

—De acuerdo. Pero hazlo bien. No debe haber fallos. Si tú mismo reconoces que Carpenter es peligroso, procura no cometer ningún error.

Hayes la miró fijamente.

—A veces te odio —dijo en voz baja.

Diana se echó a reír.

—Tus sentimientos me son indiferentes —declaró—. Sigue como hasta ahora. Te conviene.

—¿Qué pasaría si me negase?

Ella le miraba de un modo extraño. Hayes sintió frío.

—Estás en tu pedestal, porque yo quiero —dijo—. Pero ese pedestal es de goma y puedo pincharlo en el momento que me plazca. Piensa en esto que acabo de decirte. Y no dejes de hacer todo lo que te ordeno.

Diana se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el dueño de la casa.

—He venido a hacerte una entrevista personal para el *Citizen* —dijo—. Tus opiniones sobre la ley y el orden resultarán muy valiosas para mis lectores.

—De acuerdo —contestó Hayes con un gruñido.

«Aquella mujer le tenía en sus garras —pensó—. ¿No habría

alguna forma de librarse de ella?».

* * *

El hombre, vestido con un mono de trabajo, entró resuelto en el Galaxy al filo del mediodía. La encargada de la limpieza salió a su encuentro.

—Teléfonos —dijo el operario—. He recibido aviso de una avería.

—Bueno —contestó la mujer, encogiéndose de hombros—. Nosotras seguiremos.

—Claro.

Carpenter, irreconocible con la ropa de trabajo, el bigote y los lentes de color, pasó al despacho de Mac Thomas, en el que trabajó activamente durante algunos minutos. Luego entró en el camerino de Lois.

Media hora más tarde se marchó.

—He cambiado un par de piezas herrumbrosas —dijo—. Por eso se oía mal el teléfono.

—Está bien —contestó la encargada de la limpieza.

Art Haldeman llegó una hora después.

—Han venido a arreglar los teléfonos del despacho del señor Mac Thomas —informó la mujer.

—No estaban averiados —dijo Haldeman, vivamente sorprendido.

—Eso no es cuenta mía —respondió.

Haldeman se sintió preocupado. A menos que Mac Thomas en persona hubiera descubierto la avería y hubiera dado aviso sin participárselo, él no tenía la menor noticia de un teléfono estropeado.

Mac Thomas llegó a media tarde.

—Art, es preciso revisar el despacho a fondo —dijo—. Sospecho que alguien ha instalado micrófonos secretos.

—Ha sido hoy, jefe —declaró Haldeman.

Mac Thomas respingó.

—¡No, hace más días...!

—¿Avisó usted para que vinieran a reparar sus teléfonos?

—¡Por todos los diablos, no! —chilló Mac Thomas, poniéndose

intensamente pálido.

Y echó a correr hacia su despacho, seguido de Haldeman.

—Vamos a revisarlo todo a fondo —dijo—. Ese supuesto operario de la compañía telefónica era un tipa que vino a revisar los micrófonos.

Mientras trabajaban activamente, Mac Thomas dijo:

—Luego tengo que hablar contigo, Art.

—Sí, señor.

Lois Marston llegó a su camerino poco después de las nueve de la noche. Lo primero que hizo fue descolgar el cuadro, para escuchar un rato antes de iniciar su actuación.

Atónita, descubrió una cuartilla sujeta a la pared, con una tira de papel engomado. Había un mensaje escrito:

«Ya no hay agujero para seguir escuchando.
Deshágase del fonendoscopio en cuanto pueda y
queme este papel».

Lois se estremeció. No conocía la letra de Carpenter, pero estaba segura de que el mensaje procedía de él.

A la misma hora, Mac Thomas, desconcertado, llegaba a la conclusión de que no había ningún micrófono secreto en el despacho.

—Y, sin embargo, Carpenter lo supo...

Haldeman le contemplaba impasible. Mac Thomas, tras unos segundos de reflexión, se encaró con el esbirro.

—Pete Garth estará listo dentro de un par de días. Vaya mañana a visitarlo en el hospital. Quiero que se pongan de acuerdo para eliminar a Carpenter. Cinco mil para cada uno, ¿entendido?

—Sí, señor.

—El cuerpo de Carpenter no debe aparecer jamás, ustedes sabrán cómo hacerlo. Y después, usted y Garth se irán de Hattonville.

—Así lo haremos, descuide.

—Carpenter es peligroso —advirtió Mac Thomas.

Haldeman sonrió de un modo singular.

—¿Por qué no me lo encargó antes? —dijo—. Ese problema

estaría ya solucionado desde hace muchos días, créame.

* * *

Lear Hayes llegó al Galaxy acompañado de dos de sus guardaespaldas y una rubia despampanante. Casi en la entrada se tropezó con Carpenter.

—¡Cómo! —dijo, fingiendo ingenuidad—. Usted, el hombre puro, recto y honesto, ¿acude a este antro de perversión?

—¿Por qué califica así a uno de sus negocios, Hayes? —contestó. Hayes se irguió.

—El Galaxy no es mío. Mis negocios son absolutamente lícitos. Yo soy un ciudadano honesto...

—Sí, he leído la entrevista que concedió personalmente a la directora del *Citizen*. Pero es una lástima que los hechos no concuerden con las palabras.

Hayes bajó la voz.

—¿Podría presentar usted alguna prueba?

—Oh, no, no, en absoluto. Pero un ciudadano honesto como usted, aunque venga a divertirse a un lugar alegre como el Galaxy, no debe ser visto en compañía de dos forajidos y una ramera de vestido lujoso. Eso desmerece por completo la imagen que usted quiere presentar al público de Hattonville.

La cara de Hayes se puso del color de la langosta cocida. Uno de los guardaespaldas presintió algo, aunque no había escuchado una sola palabra de la conversación, y se acercó a los dos hombres.

—¿Le molesta este sujeto, señor Hayes? —preguntó truculentamente.

—No, en absoluto —respondió el interpelado con acento magnánimo—. Para los insectos, uso insecticidas.

—Que llevan plomo en su composición. Están prohibidos por la Comisión Federal de Insecticidas, ¿lo sabía? —dijo Carpenter sonriendo.

Hayes barbotó algo entre dientes. Giró sobre sus talones y se adentró en el local, seguido de la rubia y los guardaespaldas.

Detrás de él sonó una risita burlona.

—Muy divertido te encuentro, Walt —dijo Diana.

—He tenido un cambio de impresiones con Hayes, eso es todo —

respondió el joven, volviéndose hacia la recién llegada.

—Duro, sin duda.

—Depende de los puntos de vista. Pero no se comporta ahora como el ciudadano respetable que ha querido aparecer en tu periódico.

—¿De veras?

—Un ciudadano respetable hubiese venido aquí coa su esposa y no con una zorra bien vestida y dos pistoleros como escolta. ¿Hacen eso las personas respetables?

Diana se colgó del brazo de Carpenter.

—Evidentemente, no —rió—. ¿Me invitas a una copa?

—Y a dos también. Claro que mañana tendré que vender media cosecha de maíz para reponer fondos.

Diana soltó una alegre carcajada.

—Los precios no son bajos aquí, precisamente —convino.

Lois actuaba en el escenario y vio a Carpenter sentado a una mesa con Diana. La joven luchó con el deseo de mirar a Carpenter, para darle a entender que había recibido su mensaje.

Mientras, Hayes escuchaba a la artista distraídamente.

Pensaba en todo lo que le había ocurrido los últimos días. Ni siquiera hacía caso a la ostentosa rubia que tenía al lado.

Lois se retiró. Sucesivamente actuaron seis chicas muy ligeras de ropa, un humorista y un prestidigitador. Luego, el presentador anunció la segunda parte de la actuación de Lois Marston.

Hayes pareció sentir un choque al oír aquel apellido.

—Marston, Marston... —repitió a media voz.

Se parecía condenadamente a un apellido que él había conocido muchos años atrás. Sólo había una letra de diferencia entre los dos.

—Marvton —murmuró.

El hombre que había sido su cómplice estaba casado y tenía hijos. O hijas, tanto daba. Nunca se había preocupado del detalle, pero ahora, al recordar todos los contratiempos sufridos, empezó a pensar intensamente en la persona que había dado tanta información a Carpenter.

Podía tratarse de una de las hijas de Marvton, se dijo. En todo caso valía la pena averiguarlo, ya que si resultaba ser cierto, cabía la posibilidad de que la chica hubiese actuado por venganza.

Cuando lo supiese, se quedaría mucho más tranquilo, se dijo a la

vez que hacía una señal al *maître* para que acudiese.

—Dígale al señor Mac Thomas que venga —ordenó—. Quiero presentarle una queja.

—Sí, señor.

El *maître* obedeció. Era imposible desatender la petición.

CAPÍTULO XII

Carpenter levantó el teléfono apenas oyó el primer timbrado.

—¿Miss X? —dijo.

—En efecto. He leído su mensaje, Sin Miedo.

—Muy bien. Esperaba su llamada, Lois. Tengo que decirle algo urgente. Los reproches, luego, ¿entiende?

—¿Qué reproches, Walt?

—Usted me ha visto con Diana Bluther. Supongo que estará irritada, pero...

—¡Oh, qué tonto eres! —Lois le tuteó de pronto—. Deja eso a un lado y sigue hablando. ¿Qué ocurre?

—Hayes te miraba mucho. Durante la segunda parte de tu actuación, ha llamado a Mac Thomas. Hayes tiene mucha memoria y no es tonto. Puede que haya relacionado Marston con Marvton. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, Walt. ¿Qué debo hacer? Si te parece, iré al hotel a recoger mis cosas... ¡Oh, tengo allí documentos a nombre de Marvton!

—Ya me imaginaba algo por el estilo. No te preocupes, no te asomes siquiera por el hotel. Vete a la esquina sur del edificio. Hay un coche de color gris claro. Las llaves están debajo de la esterilla derecha del departamento posterior. Con lo puesto, vete ahora mismo a la granja.

—Pero...

—La señora Carpenter te espera. Hay un mastín y dos braceros. También un rifle y una escopeta. Pero si vuelves al hotel, es posible que no llegues viva al día de mañana.

—E... entiendo, Walt. Oye, ahora... empiezo a sentir miedo...

—Yo lo he tenido desde el primer día. ¿Crees que es agradable vivir con esta tensión, sabiendo que, a pesar de todo, en cualquier

momento puedes recibir un par de balazos?

—Comprendo. De acuerdo, Walt, haré lo que me indicas. Pero tú...

—No te preocupes. Quizá mañana, a estas horas, tenga ya en las manos todos los hilos de la trama. Anda, no pierdas tiempo. Vete, vete, Lois.

La chica colgó el teléfono. Aunque el corazón le latía apresuradamente, procuró mantener un paso normal, hasta llegar al coche señalado.

Encontró las llaves en el lugar indicado por Carpenter. Momentos después, arrancaba en dirección a la granja.

* * *

—¡Era ella! —rugió Mac Thomas a través del hilo telefónico—. Usted tenía razón; el verdadero apellido es Marvton y no Marston.

—Me lo suponía —contestó Hayes, con el ceño fruncido—. ¿Dónde está ahora, Mac?

—No lo sé. Ni siquiera volvió al hotel...

—¡Se ha ido!

—Eso parece. No hay el menor rastro de ella; ha desaparecido de un modo absoluto, como si se la hubiese tragado la tierra.

—Habrá ido a alguna parte, quizá ha alquilado un coche...

—No ha podido ir muy lejos, en todo caso; su equipaje está en el hotel, salvo las ropas profesionales, que están en el camerino.

—¿Lo ha registrado bien?

—Sí, pero no he encontrado nada.

Por precaución, Mac Thomas calló que el camerino de Lois tenía la pared medianera con su despacho. Si Hayes se enteraba, era capaz de pegarle dos tiros él mismo.

—Carpenter es listo, infernalmente listo —dijo Hayes—. Pero no le conviene olvidar que si yo estoy en la cima no es precisamente por ser tonto. Mac, ya sé dónde está la chica.

—¿Sí? Dígame, pronto.

—En la granja de los Carpenter.

—Entiendo. Deje que me ocupe de este asunto...

—Cuidado, Mac. Quiero viva a la chica. Necesito hablar con ella, ¿entendido?

—Descuide. Hablará con Lois Marston. Y, a propósito, ¿qué pasa con ese apellido?

—Nada que a usted le importe —respondió Hayes con aspereza, a la vez que colgaba el teléfono de un manotazo.

A nadie le importaba saber que quince años antes había tomado parte en el asalto a un Banco rural, en connivencia con el cajero, desesperado por la inacabable enfermedad de su esposa, que había agotado todos sus recursos económicos.

Aquello pertenecía al pasado. David Marvton había muerto.

Su hija le seguiría muy pronto, aunque no sin antes haber hablado de modo satisfactorio.

* * *

Estaba aplicándose crema a la cara, cuando, de pronto, oyó el teléfono en el salón.

Instantes después, Paula, la doncella negra, entró en el dormitorio.

—Señora, el señor Robinson. Dice que es muy urgente.

Diana se levantó, frunciendo el ceño. Buck Robinson era uno de los periodistas del *Citizen* y no la habría molestado a tales horas, de no haberse tratado de algo muy urgente.

—Hola, Buck —dijo instantes después—. Soy Diana...

—Señora... Algo terrible... Lo siento muchísimo, sé cuánto lo apreciaba usted...

—Hable claro, Buck —pidió.

—Se trata de Walt Carpenter, señora. Una patrulla lo ha encontrado agonizando en el cruce de la Veintiuna con la Doce secundaria. Me lo acaba de decir el sargento Daniels... Los motoristas informaron que el señor Carpenter mencionó su nombre de usted... Dos balazos...

—Está bien, Buck, muchas gracias. Ahora mismo me vestiré. Pase a recogerme con su coche. Ah, y no se olvide del fotógrafo.

—Sí, señora, lo siento tantísimo...

—Deprisa, Buck, no podemos perder tiempo —exclamó Diana, muy nerviosa a su pesar.

Tres cuartos de hora más tarde, el coche en que viajaban Diana, Buck Robinson y el periodista se detuvo en el cruce señalado. Diana

saltó del automóvil, pero se detuvo perpleja al ver la carretera completamente desierta.

—Aquí no hay nadie —exclamó.

—Se habrán ido ya —supuso Robinson.

—¿Tan pronto? —dijo el fotógrafo—. Ni siquiera el forense ha tenido tiempo de llegar.

—Buck, ¿está seguro de que fue el sargento Daniels quien le dio la noticia? —preguntó.

Robinson no se sentía menos desconcertado que Diana.

—Bueno, veré, señora... La voz era gruesa... He hablado con Daniels por teléfono más de una vez y... Pronunció su nombre, de modo que no tenía por qué dudar de que era él, sobre todo si tenemos en cuenta los jaleos en que el teniente Carpenter se ha visto envuelto últimamente...

Diana apretó los labios.

«¡Qué idiota he sido!», se apostrofó a sí misma.

Pero consiguió mantenerse serena.

—Sólo ha sido una broma estúpida —dijo.

—Pues..., señora —exclamó el fotógrafo—, lamento muchísimo que esté usted delante, porque iba a soltar unas cuantas palabrotas, que me desahogarían muchísimo, créame.

—No se reprima, muchacho —dijo Diana irónicamente—. Desahoguese a su gusto.

Pero su acento de ironía era enteramente ficticio.

* * *

La nube de polvo que dejaba el coche se hizo visible desde cierta distancia. Lois sintió cierta curiosidad por ver al visitante.

«Grock» reposaba tranquilamente junto al sillón en que estaba sentado, en la veranda. La señora Carpenter trasteaba en la cocina.

El coche se detuvo minutos después frente a la casa. Dos hombres se apearon en el acto.

Lois sintió que se le paralizaba el corazón. Lentamente, se puso en pie, mientras Haldeman y Garth, éste todavía con algunos vendajes en torno al cuello y en la mano izquierda, se acercaban a la veranda.

—Era cierto —dijo Haldeman—. Está aquí.

—¿Qué es lo que pretenden? —exclamó Lois.

—Nada, preciosa. Solamente obligarla a que cumpla su contrato. Se ha ausentado de la ciudad, olvidando que tiene un trabajo y solamente queremos que vuelva a cantar en el Galaxy.

—No volveré al Galaxy —dijo Lois resueltamente.

Haldeman lanzó una risita.

—Eso es lo que crees, preciosa —exclamó—. Pero el señor Mac Thomas ha dicho todo lo contrario.

—No pierdas el tiempo —refunfuñó Garth—. Vamos a llevarla con nosotros, tanto si le gusta como si no.

Los dos hombres avanzaron hacia la veranda. De repente, se oyó un grito de mujer dentro de la casa:

—¡Ataca, «Grock»!

Lanzando un furioso aullido, el perro saltó hacia delante. Cincuenta kilos de huesos y músculos bien entrenados cayeron sobre Haldeman, derribándolo en el acto al suelo.

Garth emitió un grito de rabia y fue a sacar su pistola. En una de las ventanas, asomó una escopeta, que vomitó al instante un enorme trueno.

—Todavía me queda otro cartucho —dijo Nancy Carpenter.

—Aquí hay un rifle —exclamó Nick *el Rata*, surgiendo inesperadamente por la otra esquina.

Garth miró agónicamente el cañón de la escopeta. Unos segundos antes, había percibido el siniestro zumbido de los perdigones por encima de su cabeza. La escopeta apuntaba ahora mucho más bajo, a su cintura.

Tumbado en el suelo, con las amenazantes fauces de «Grock» a unos centímetros de su cara, Haldeman no se atrevía a respirar siquiera. A poco que se moviese, pensó, aquellos enormes colmillos le destrozarían la garganta.

Garth dejó caer la pistola al suelo. Lois respiró aliviada.

—Nick, nunca me hubiera figurado que tú... —dijo Garth, despectivamente.

—Nunca fui de los de tu clase. «Afanar» el bolso a una señora es muy distinto de amenazar a las mujeres —contestó el antiguo carterista, sin dejar de encañonar a Garth con el rifle.

Nancy salió a la veranda.

—Usted, el que está debajo del perro —exclamó—. Voy a

ordenar al animal que se levante. Solo dije la palabra «ataca» una vez. Si la repito por dos veces, morderá en su sucio cuello. ¿Entendido?

«Grock» emitió un gruñido. Haldeman, lívido de pavor agitó una de sus manos.

—Me... me rindo... —dijo.

—Atrás, «Grock».

El can se retiró. Haldeman tiró la pistola instantáneamente a un lado.

—¿Dónde los encierro, señora Carpenter? —preguntó el Rata.

Una divertida sonrisa apareció en los ojos de Nancy.

—Para unos tipos como éstos, nada mejor que la pocilga del lado derecho, esa que está desocupada estos días —contestó.

—Sí, señora. Vamos, muchachos, andando.

Desanimados y abatidos, Garth y Haldeman caminaron delante de Nick. El perro acompañaba al ex carterista.

Lois dejó escapar el aire largamente contenido en los pulmones.

—He pasado un pánico horroroso —confesó—. En cambio, usted se ha portado valerosamente, señora.

Nancy sonrió.

—Hace cincuenta años, yo era una niña y mi abuela me contaba la historia de aquella ocasión en que tuvo que rechazar con su marido el ataque de una banda de apaches que merodeaban por este territorio. Me he imaginado que eran indios..., pero, claro está, nosotras estábamos advertidas y contábamos con la inapreciable ayuda de Nick y de un perro.

—Perro policía —puntualizó Lois.

—¡Claro! Es lógico, en la casa de un policía, ¿no?

Las dos mujeres se echaron a reír. Lois, de pronto, se puso seria.

—¿Qué hará Walt ahora? —murmuró.

—No te preocupes; él ya sabe lo que se hace —contestó Nancy.

Nick y «Grock» volvían hacia la casa.

—Tiene usted un hijo extraordinario, señora —dijo Lois—. Empiezo a pensar que Walt no es sólo un hombre que actúa contra el crimen de la forma que todos piensan.

—Así es —convino Nancy—. Y no te vayas a creer que Nick es el primero de los que han dejado de delinquir por influjo de Walt. Pero es inflexible con los que no quieren rectificar, ¿comprendes?

—Sí, señora.

Nancy agitó la mano.

—Nick, ¿están seguros los pájaros en la jaula?

—Absolutamente, señora —contestó el Rata.

—Entonces, venga a casa y tomaremos una taza de café. Tú también, Lois; lo estás necesitando con cierta urgencia, diría yo.

—No lo sabe usted bien, señora Carpenter —respondió.

CAPÍTULO XIII

El timbre del teléfono sonaba constantemente. Carpenter, con un cigarrillo entre los labios, miraba al aparato, sentado en la cama, sin hacer el menor ademán para responder a la llamada.

La tarde avanzaba hacia su final. El teléfono calló de pronto.

Entonces, Carpenter se puso en pie y se aproximó a la ventana. Un cuarto de hora más tarde, vio aparecer a una mujer de un elegante coche. Carpenter se dirigió de puntillas hacia la puerta y escapó hacia el pasillo.

Desde su escondite, vio que se abría la puerta del ascensor. Diana Bluther salió y se dirigió hacia la puerta de su departamento, al que llamó insistentemente.

Al cabo de unos momentos, Diana tanteó el pomo. Con gran sorpresa, vio que la puerta no estaba cerrada con llave.

Carpenter siguió en el mismo lugar, inmóvil, aguardando con infinita paciencia. Diana, mientras tanto, recorría el piso, hallándolo ordenado, pero con indudables señales de un rápido abandono por parte de su ocupante.

Al cabo de unos momentos de duda, Diana se acercó al teléfono, levantó el aparato y marcó un número.

Esperó. Una voz de mujer sonó a poco en sus oídos:

—Granja Carpenter.

—Soy Diana Bluther. ¿Puedo hablar con la señora Carpenter?

—Lo siento mucho, señora. Ha ocurrido algo terrible. Soy la enfermera Mac Callum...

—¿Una enfermera? ¿Qué pasa? ¿Acaso está mala la señora Carpenter?

—No, señora Bluther. Es que... su hijo, el que era teniente de la policía...

—¿Qué le ha pasado a Walt? —gritó Diana.

—Lo siento, señora. Unos desconocidos le atacaron a tiros, cuando llegaba a su granja. La señora Carpenter ha sufrido un tremendo *shock* y los vecinos me llamaron para que la atendiera... Yo soy la encargada del dispensario rural y... ¡No, señora Carpenter, vuélvase a la cama! ¡Por favor, le ruego que...! —chilló de pronto la enfermera.

—Déjeme... Déjeme hablar con Diana... Ella era muy amiga de mi pobre hijo... —sonó ahora la voz de Nancy.

Diana estaba aturdida. Nancy, pensó, debía de haber sufrido horriblemente al ver morir a Walt en la puerta de su propia casa.

—¡Señora Carpenter! —gritó.

—Diana, hija...

La voz de Nancy se quebró súbitamente. Diana oyó unos ruidos extraños en el teléfono, como de una persona que se ahogase, y luego percibió el sordo choque de un cuerpo humano contra el suelo.

De nuevo sonó e sus oídos la voz de la enfermera Mac Callum:

—Dispense, señora Bluther, pero la señora Carpenter se ha desmayado y he de atenderla inexcusablemente.

Llena de aturdimiento, Diana colgó el teléfono. En la granja, sentada en el suelo, Nancy se frotaba la cadera derecha.

—¿Lo habré hecho bien? —preguntó, una vez que vio a Lois dejar el teléfono en su sitio.

Lois juntó el índice y el pulgar en círculo y guiñó un ojo.

—Maravillosamente —contestó—. Somos dos magníficas actrices.

Y luego alargó la mano para ayudar a Nancy a ponerse en pie.

En aquellos momentos, Diana abandonaba el departamento de Carpenter. Terriblemente preocupada, no se dio cuenta de que Carpenter estaba espiando todos sus movimientos.

* * *

Cuando llegó a su casa, todavía con la mente embotada por la noticia, Diana oyó que sonaba el teléfono.

La doncella levantó el aparato y se lo tendió a continuación. Diana se lo acercó a la cara.

—Hayes —oyó una voz imperativa—. Venga, pronto; tenemos que hablar.

—Escuche, yo no...

—Diana, venga. Le conviene.

—Está bien, iré enseguida.

Diana dejó el teléfono y se dirigió a su habitación. Una vez en el dormitorio, abrió uno de los cajones del tocador y sacó un pequeño revólver niquelado calibre 32. El arma fue a parar a su bolso.

Ahora ya estaba segura de lo que había ocurrido. La llamada a Robinson había sido una trampa. No era la víspera, sino aquel mismo día, pocas horas antes, cuando Walt había muerto asesinado.

Y lo peor de todo era que las armas que tenía contra Hayes ya habían desaparecido, se dijo, mientras cruzaba nuevamente el salón, en dirección a la puerta.

—¿Debo esperar a la señora? —consultó la doncella.

—No, gracias, Paula, no sé a qué hora volveré. Acuéstese y no se preocupe de mi regreso.

—Sí, señora.

En aquellos momentos, Gordon Cross recibía una llamada telefónica:

—Venga.

Cross identificó la voz.

—¿Ahora?

—Inmediatamente.

—Está bien, iré.

Cross maldijo entre dientes. Las cosas se ponían feas, muy feas, se dijo. Aquel maldito Carpenter había desmantelado la organización, no atacándoles primero a ellos, sino dejándoles sin colaboradores, aterrizando a los matones que tenían empleados. Había sabido hacerlo bien el condenado, se dijo.

Y Hayes lo había adivinado; por algo, un desconocido había hurgado en su archivo secreto, llevándose una serie de documentos terriblemente comprometedores. Esta vez, Cross se hallaba por completo en manos del hombre que lo dominaba todo.

Un minuto después, Mac Thomas recibió una llamada telefónica:

—Venga, Mac.

—Pero, jefe, es la hora de...

—Venga, insisto.

—Está bien. Oiga, no he tenido noticias de Haldeman y Garth. No sé qué diablos les habrá pasado.

—No se preocupe por ellos. Lo otro corre más prisa.

Muy preocupado, Mac Thomas se preguntó qué sería «lo otro». Pero la tardanza de Haldeman y de Garth le ponía nervioso.

Ya debían haber vuelto con la chica. Se retrasaban demasiado, pensó, mientras se dirigía por una puerta lateral al estacionamiento donde había dejado su automóvil.

* * *

El coche se paró con agudo chirrido de frenos y su conductor saltó al suelo. Un robusto guardaespaldas abrió la cancela.

—El jefe me ha llamado —dijo *Cross*—. Ocúpese de mi coche.

—Bien, señor.

Cross echó a andar a lo largo del sendero enarenado. Estaba a mitad de camino hacia la casa, cuando apareció Diana Bluther.

—Buenas noches, señora —saludó el cancerbero.

Diana no contestó. Casi arrastrando la estola de pieles con una mano, caminó con paso rápido, mientras que con la otra mano apretaba el bolso que contenía el revólver.

El guardaespaldas no tuvo tiempo de cerrar la cancela. Un tercer automóvil se detuvo frente a la entrada.

—Hola —dijo Mac Thomas secamente.

—Buenas noches, señor.

El guardaespaldas se preguntó qué habría ocurrido para que tres hombres y una hermosa mujer se reuniesen con urgencia. Pero no tuvo tiempo de pensar mucho en el asunto, porque casi inmediatamente, algo duro le golpeó en el cráneo y se desplomó al suelo.

Carpenter arrastró el cuerpo inanimado hasta detrás de unos arbustos. Luego, rápidamente, tapó su cara con cinta adhesiva y ató sus muñecas a la espalda, con algunas tiras del mismo material.

Luego, paso a paso, se acercó a la casa, en la que se veían todas las ventanas de uno de los ángulos brillantemente iluminadas.

Hayes, los dos hombres y Diana estaban reunidos en la sala. Carpenter sonrió al ver el enojo que se transparentaba en los cuatro rostros.

Con gran lentitud, alzó un poco el bastidor. La voz irritada de Diana llegó inmediatamente a sus oídos.

—Tú, maldito cerdo, has sido capaz de inventarte la historia de la muerte de Carpenter...

—Pero ¿qué diablos estás diciendo? —gritó Hayes, descompuestamente—. Carpenter no ha muerto aún...

—Está muerto, me lo ha dicho su madre no hace siquiera una hora.

—Vaya, al fin hemos tenido suerte —comentó Mac Thomas con sorna.

—Cállese, Rim —gritó Hayes—. No sé qué diablos hace usted en mi casa a estas horas, cuando debería estar...

—Usted me ha llamado. ¿De qué se queja?

Hayes respingó.

—¿Que yo le he...? Rim, sus sesos están hechos agua.

—¿Su llamada para mí también era una fábula? —preguntó Cross.

Hubo un momento de silencio. Diana miró alternativamente a Cross y a Mac Thomas.

—Un momento —dijo—. ¿Les llamó él?

—Sí, claro —contestó Mac Thomas.

—Me dijo que era urgente —exclamó Cross destempladamente—. Además, mandó robar mis archivos privados.

—¡Yo no les he llamado ni he robado nada! —aulló Hayes.

—Tú les has llamado y me has llamado a mí —dijo Diana—. Y, además, enviaste a uno de tus secuaces a que robase en mi casa cierta agenda que te comprometía horriblemente.

Hayes se puso lívido.

—Diana, estás loca. Ustedes también, Gordon, Rim, locos de atar —gritó.

Mac Thomas alzó las manos.

—Un momento, un momento —dijo—. Conservemos la serenidad, por favor. Además del dueño de la casa, estamos aquí tres personas, aparentemente llamadas por él. Sin embargo, parece que el señor Hayes no nos ha llamado. ¿No es así?

—Cierto —confirmó hoscamente el aludido.

—Señora Bluther, usted dice que anoche la informaron de la muerte del teniente Carpenter, pero que no era cierto. Ha muerto

hoy, esta misma tarde.

—Sí —respondió Diana con sequedad.

—Y en cuanto al amigo Gordon, ha sido llamado aquí y hoy ha notado la falta en sus archivos de unos documentos que no deben ser vistos por el público.

—Exacto —corroboró el interpelado.

—Entonces, no cabe la menor duda. Alguien ha jugado con nosotros como títeres, haciéndonos bailar al son de la música que a él le convenía tocar. Lo cual, dicha con toda claridad, significa que Carpenter está vivo.

* * *

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia repentinamente.

Hayes sintió que se le secaba la boca y se llenó una copa, cuyo contenido despachó de un trago.

Diana entornó los ojos.

—De modo que Carpenter vive —murmuró.

—No cabe la menor duda —dijo Mac Thomas.

—Es un tipo listo. Pero esto se ha acabado ya —rezongó *Cross*—. Yo me largo, antes de que el homo se ponga al rojo vivo.

—¡Quieto! —gritó Hayes—. Usted, como los demás, ha estado disfrutando de un pastel que parecía no se iba a acabar nunca. Ahora que el pastel se ha acabado, quédese a limpiar los cubiertos con los demás.

—Esos documentos me ponen los pelos de punta —gimió *Cross*.

—¿Cómo cree que tengo los pocos que me quedan? —exclamó Hayes sarcásticamente—. Y usted, Mac, ¿qué dice?

—El asunto se pone feo. Haldeman y Garth fueron antes de mediodía a la granja, a buscar a la chica, pero no han vuelto ni han dado señales de vida.

—La enfermera Mac Callum —musitó Diana—. ¡Qué bien han sabido engañarme!

—¿Cómo dice? —preguntó *Cross*.

—No tiene importancia. Ya no tiene ninguna importancia. Ahora es cuando creo que todo se ha acabado.

—Estás loca —gruñó Hayes—. Todavía tengo fuerza...

Ella le miró despreciativamente.

—¿Qué fuerza? —preguntó—. El ha encontrado la agenda con todos los datos que encontró Hollister. No es una prueba, pero sí una base para iniciar una investigación que te hará saltar en mil pedazos. Y, por si fuera poco, los documentos secretos de la supuesta compañía de seguros, también están en su poder. A estas horas, Haldeman y Garth, si no han muerto, están entonando un dúo y no de ópera precisamente.

Cross se sintió a punto de desmayarse.

—No medimos bien el enemigo con el que teníamos que enfrentamos —siguió Diana—. La muerte de Carpenter era algo que detestaba, y todavía detesto profundamente, pero debimos haber empezado por él y no por Hollister.

—Carpenter no sabía nada entonces...

—Pero si hubiese muerto, no habría podido seguir las pistas de Hollister. Tú, Lear Hayes, conseguiste que le quitasen la investigación sobre la muerte de Hollister, es cierto; pero no contaste con que Sin Miedo seguiría investigando por su cuenta. Y esto es lo que nos ha perdido. ¿Ha quedado claro de una vez?

De nuevo volvió el silencio.

—Lo mejor sería largarnos cuanto antes —lloriqueó *Cross*.

—Nadie se moverá de aquí —exclamó Hayes—. Los documentos no tienen fuerza de prueba legal. Habrá un escándalo, pero conseguiremos salvarnos. Y costará dinero, por supuesto, pero ¿lo tiene Carpenter?

Diana miró al sujeto con inmenso desprecio.

—Tiene algo que vale mucho más: el apoyo de la opinión —dijo.

—Carpenter no está aquí ahora —intervino Mac Thomas—. Estoy seguro de que si pensamos con un poco de serenidad, encontraremos el medio de salir del atolladero.

Diana sonrió de un modo singular.

—Rim, use su cabeza —dijo—. ¿Qué objeto cree que tienen esas tres falsas llamadas? ¿Conseguir que nos viéramos las caras solamente? Estoy segura de que, en estos momentos, Carpenter nos está oyendo.

Cross respingó.

—Ese hombre... —chilló.

—Sí, está muy cerca de aquí, tengo una seguridad plena. —De pronto, Diana alzó la voz—: ¡Walt, abandona tu escondite, hombre!

—Si tanto te empeñas... —contestó Carpenter, con acento jovial, a la vez que irrumpía en la sala.

CAPÍTULO XIV

Cross miró espantado al hombre que se hacía visible como por arte de magia. Mac Thomas lanzó una imprecación.

Hayes, más práctico, sacó una pistola.

Carpenter alzó las manos.

—Estoy desarmado —dijo.

—Mac, compruébalo —ordenó Hayes.

Mac Thomas dio la vuelta y se acercó al joven. Palpó sus ropas y se retiró instantes después.

—No está armado —dijo hoscamente.

—Entonces, ¿a qué diablos ha venido? —preguntó Hayes, desconcertado.

—Simplemente, a ver la cara que ponían cuando se enterasen de que su reinado de terror y latrocinio se ha terminado —contestó Carpenter.

—Todavía somos muy fuertes...

—Diana lo ha dicho perfectamente hace unos momentos: nadie es más fuerte que la opinión de las personas honradas. Puede matarme si gusta, Hayes; pero la agenda de Hollister y los documentos de la compañía de seguros irán a parar a manos que no serán precisamente las del venal capitán Murdock. ¿Cree que en Hattonville era yo el único que tenía ganas de cortar su carrera de crímenes?

Diana sonrió.

—Anda, Lear, contesta a eso que acabas de oír —dijo.

—Tú no eres mejor que nosotros, zorra —masculló Hayes—. Estabas conforme con todo lo que hacíamos...

—Colaboraba con Walt, hombre. ¿Es que no te das cuenta?

Hayes respingó.

—De modo que era así —dijo.

Cross parecía abrumado y se tapaba la cara con las manos. Carpenter movió la cabeza negativamente.

—No, Diana, no intentes salvarte a última hora —dijo con frialdad—. Nuestra amistad no sirvió para que colaborases conmigo. Y si no, ¿por qué no me entregaste la agenda inmediatamente después de que Rob fuese asesinado?

Ella apretó los labios. Mac Thomas soltó una risita.

—Vaya con la dama honrada y pudibunda —comentó, burlón.

—¿Cómo encontró usted esa agenda? —preguntó Hayes.

—Usted también hizo registrar la cabaña de Hollister, pero allí no había ya nada. Diana se lo había llevado tiempo antes; Hollister no hacía anotaciones sino de tarde en tarde, cuando los datos se le acumulaban excesivamente en la memoria. Diana estuvo, por lo menos, una vez en la casa de campo, y consiguió encontrar la agenda y se la llevó.

—¿Se lo ha dicho ella? —preguntó Mac Thomas.

—No. Encontré una pitillera con sus iniciales.

—¡La pitillera! —exclamó Diana sordamente—. Yo la busqué y no conseguí hallarla...

—Estaba en un sitio muy conspicuo: el tarro del azúcar. Pero debajo de un doble fondo. Había que volcar el tarro por completo, y así es como la encontré yo. ¿Por qué se la diste, Diana?

—Rob la quería como recuerdo —contestó ella con voz opaca.

—Quizá sospechaba ya de ti. Es muy probable que hubiera notado la desaparición de la agenda. Si nadie más que tú y él había estado en la cabaña, ¿sobre quién iban a recaer las sospechas?

—¿Y mis documentos? —gimió Cross—. Usted me los quitó...

Carpenter se echó a reír.

—No —dijo—. Una chica muy guapa, llamada Polly Anderson. Fue sencillo: una cena, un ramo de flores, una caja de bombones..., más algunas cosas que había visto y oído y que no le gustaban.

—Él asunto ha quedado aclarado casi por completo —dijo Mac Thomas—. Pero faltan pruebas...

—Cuando se hagan públicos los documentos de la compañía de seguros, cientos de comerciantes honrados se presentarán a declarar, acerca de las pólizas que firmaban a la fuerza. Se investigarán también las cuentas corrientes, el movimiento de

dinero en los Bancos... Los detalles que aparecen en la agenda de Hollister... Este asunto explotará como una bomba atómica, créanme.

Hayes entornó los ojos.

—Y ella se hizo con la agenda...

—Se lo diré bien claro, Hayes. Me utilizaba a mí para destruirle a usted, con la agenda como munición de reserva. Luego, ella hubiera continuado dirigiendo las riendas de los negocios. Pero, de momento, usted ya empezaba a obedecer sus órdenes. ¿Me equivoco, Hayes?

—No, no se equivoca, Carpenter. De todas formas, es preciso reconocer que usted lo hizo muy bien. Y con una magnífica fuente de información.

—La hija de David Marvton.

—Ella —murmuró Hayes.

—Sí, la hija del hombre que, forzado por la desesperación, le ayudó a usted en el robo de un Banco y al que luego traicionó. Hayes, usted consiguió cien mil dólares de botín, pero entonces no había matado todavía a nadie. En quince años pudo haberse regenerado, incluso devolver un día el dinero al Banco, secretamente, si quiere, pero de este modo habría cancelado gran parte de su deuda. En lugar de ello, hizo asesinar a su cómplice el día que salía de la cárcel.

»Y no se dedicó a negocios honrados, sino que continuó en su senda de crímenes y de extorsión, intimidando y destruyendo a muchas personas decentes que querían vivir pacíficamente y no se doblegaban a sus ansias de poder y a su codicia. No he luchado contra usted por vengar a Hollister, sino para que nadie más muriese, como murió mi amigo.

Hayes volvió los ojos hacia Diana.

—A ella la habría perdonado —dijo.

—Diana sabe bien ahora lo que yo pienso de su forma de actuar —contestó Carpenter, impasible.

Una vena se puso a latir furiosamente en la sien de Hayes.

—De todas formas, a ella sí que no se le puede probar nada —dijo—. Pero no se irá de vacío.

La pistola de Hayes disparó súbitamente dos veces. Diana lanzó un grito ahogado y cayó de costado al suelo.

Cross se levantó de un salto.

—¡Dios! ¡Ha cometido un asesinato! —gritó.

—No se mueva, Gordon —aulló Hayes—. ¿Quiere que lo mate también a usted?

Cross estaba aterrorizado. Mac Thomas observó a Hayes y vio en su rostro síntomas de locura.

Era un hombre peligroso en aquellos momentos, decidió. Hayes sería capaz de empezar a tiros con todos los presentes. La perspectiva no le gustaba en absoluto.

—Y ahora, usted, Carpenter...

La boca de la pistola apuntó al pecho de Carpenter. Hayes se olvidó de la mujer.

Diana no estaba muerta. Tendida en el suelo, trataba de sacar su revólver.

El pecho le ardía horriblemente. Iba a morir, pensó.

De súbito, sonaron varias detonaciones muy seguidas. Eran unos estampidos secos, de menor volumen que los de la pistola de Hayes.

Se oyó un grito horroroso. Carpenter se agachó. Hayes, con el pecho y la cara cubierta de sangre, se tambaleaba horriblemente.

De pronto, su brazo sufrió una terrible convulsión. La pistola se disparó estruendosamente.

Mac Thomas lanzó un horrible alarido, a la vez que se llevaba las manos a la cara, abrasada por el fogonazo del disparo. Dio dos o tres pasos tambaleantes y rodó por el pavimento alfombrado.

Cross, lleno de terror, no se atrevía a moverse. Hayes se había desplomado también y pateaba espasmódicamente.

Carpenter corrió hacia Diana y se arrodilló a su lado. El pecho de la mujer estaba lleno de sangre.

Ella le miró agónicamente. No obstante, hizo un esfuerzo y consiguió sonreír.

—Escribe... una buena historia... para el *Citizen*... Buck Robinson sabrá dirigirlo...

La cabeza de Diana se dobló bruscamente a un lado. Carpenter se irguió y miró a Cross.

—Lo diré todo, todo... —gimió el individuo.

Había un par de guardaespaldas asomados a la puerta de la sala. Ninguno de ellos se atrevió a usar las armas.

El coche se detuvo y su ocupante saltó al suelo. «Grock» corrió a su encuentro, ladrando alegremente.

Lois se asomó a la puerta. Sus ojos se iluminaron al reconocer a Carpenter.

—¡Walt! —gritó.

—Hola, *Miss X*.

Ella se ruborizó intensamente. Carpenter subió de un salto a la veranda y la abrazó con fuerza.

—Walt, tu madre nos estará mirando —protestó ella.

—No se quejará; siempre ha deseado una esposa para su hijo...

Lois le miró fijamente.

—¿Voy a ser yo esa esposa? —preguntó.

—Sí. La mujer de un jefe de policía o de un granjero. Te dejo la elección.

—Eso es algo que tú debes decidir, Walt; no influiré en lo que resuelvas —contestó la joven.

—Bueno, ya lo pensaremos. Hay tiempo, ¿sabes? Por una parte, me agradaría ser un granjero..., pero por otro lado, quiero a Hattonville. Es mi ciudad y no me gusta que vuelvan a ocurrir cosas como las pasadas.

—Sí, es una excelente manera de pensar.

Carpenter miró a la joven.

—¿Sigues pensando en la cabaña de Hollister? —preguntó.

—Si no la venden muy cara...

—Te darán facilidades. Pero ya lo discutiremos en otro momento.

De pronto, Carpenter husmeó el aire.

—Huele demasiado bien —dijo—. ¿Qué es?

—Guisado. Carne, patatas, verduras...

Nick *el Rata* apareció conduciendo un tractor.

—¡Eh! —gritó Carpenter—. Eso es nuevo aquí. ¿Dónde lo has «afanado», Nick?

El Rata paró el motor y saltó al suelo.

—¿Cree que no sé distinguir un tractor de una cartera? —exclamó, ofendido—. Pregúntele, pregúntele a la donante.

—Mi madre está derrochando su dinero...

—Ha sido ella, hombre. ¿Es que no lo comprende?

Carpenter se volvió hacia Lois.

—¿Tú?

—Hombre, Nick se quejaba todo el día de que le dolían los riñones y yo pensé que la mejor medicina sería un tractor —rió Lois.

—Y no pienso devolverlo, no, señor; ahora que me he encariñado con él...

Nick se interrumpió de pronto.

—Eso que huelo no es precisamente olor a aceite pesado —dijo, a la vez que echaba a correr como una flecha hacia la casa.

En el interior del edificio, alguien golpeó una sartén con la cuchara.

—¡La comida se enfría! —gritó Nancy.

Carpenter pasó el brazo por la cintura de Lois.

—Vamos —dijo— a mi madre no le gusta que la hagan esperar cuando ha cocinado un buen guisado.

—Eso me pasará a mí también dentro de muy poco —contestó Lois, maliciosamente.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.